

# Un marido para Suzanna

Christine Rimmer

12º Multiserie "Hombres indómitos: Regreso a Whitehorn"



**Un marido para Suzanna (2009)**

**Título Original:** Suzanna (2000)

**Serie:** 12º Mult. "Hombres indómitos: Regreso a Whitehorn"

**Editorial:** Harlequin Ibérica

**Sello / Colección:** Biblioteca Grandes Autoras 9

**Género:** Contemporáneo

**Protagonistas:** Suzanna Brennan y Nash Morgan

## Argumento:

*Ni en sus peores pesadillas Suzanna habría imaginado que la dejarían plantada en el altar. Tampoco que pasaría su noche de bodas con un atractivo e irresistible desconocido... Pero lo que sin duda habría jurado que nunca sucedería era que iba a quedarse embarazada... y no le iba a quedar otro remedio que aceptar la proposición de matrimonio de aquel arrogante vaquero.*

## *Epílogo*

El ramo nupcial de Sierra Conroy McLaine, con las rosas blancas Derringer, volaba por los aires dejando un rastro de cintas de satén. Todas las jóvenes solteras estiraron los brazos, ansiosas.

— ¡Mío!

— ¡Lo tengo!

El ramo alcanzó su punto más alto. Gritos de nervios y euforia acompañaron su caída.

— Ya cae...

Suzanna Brennan cerró los ojos. No necesitaba mirar. Lo sabía.

Y tenía razón. Las rosas fueron a parar a sus manos.

— ¡Suzanna! — gritó una de las chicas —. ¡Lo tiene Suzanna!

Hubo más risas, y algún que otro suspiro de decepción. Suzanna abrió los ojos y contempló su trofeo. Eran unas rosas tan hermosas, blancas como la nieve... y predecible que le hubiera tocado a ella. Al fin y al cabo, según una superstición local, toda chica que tuviera la suerte de recibir un ramo nupcial de rosas del jardín Derringer se casaría pronto y sería feliz. Que era precisamente su caso.

El diamante de su anillo de compromiso brillaba en su dedo. Se acercó las flores a la nariz para aspirar su embriagador aroma. Aquellas rosas olían a puro cielo.

«Qué feliz que soy», pensó. Lo tenía todo. Dentro de unos pocos meses, el veinticuatro de marzo, sería ella quien lanzaría el ramo...

## Capítulo 1

– Esos huevos no se van a comer solos.

Sentada a la mesa, Suzanna dejó de jugar con la comida y miró aquellos ojos azules que tanto se parecían a los suyos.

«Díselo», se ordenó. «Abre la boca de una vez y díselo. Juraste que lo harías. Lo juraste esta misma mañana».

Y la mañana del día anterior. Y la del antepasado.

Al cabo de un mes, aquello se estaba convirtiendo en un hábito. Cada mañana Suzanna se levantaba y devolvía... y luego le prometía a su imagen triste y sombría en el espejo que no pasaría un solo día más sin confesarle a su padre que estaba embarazada.

Hasta el momento, había incumplido aquella promesa. Y ese día se estaba convirtiendo en otro más, idéntico a los anteriores. Simplemente no podía evitarlo.

– Supongo que no tengo demasiado apetito – murmuró, mientras se llamaba a sí misma «cobarde gallina».

– Un cuerpo necesita combustible – insistió Frank Brennan.

Al final se obligó a probar un bocado. Lo masticó lentamente, luchando contra una sensación de náusea. Durante las últimas semanas, había descubierto que ya no le gustaban los huevos. Ni la comida en general. El embarazo y el complejo de culpa se habían confabulado para destruir su apetito.

Para su sorpresa, no le sentó mal. Su padre seguía mirándola. En sus ojos podía leer perfectamente lo que le preocupaba: estaba esperando a que se lo dijera. Pero no podía. Ese día no.

Mañana. Sí, mañana. Se lo diría. Mañana...

Obstinadamente, siguió comiendo los huevos revueltos. Concentrarse en el desayuno tenía sus ventajas: le daba una excusa para dejar de mirar los ojos de su padre.

– Está previsto que llegue hoy.

Suzanna volvió a alzar la mirada, frunciendo el ceño con expresión de extrañeza y pensando todavía en la importante promesa que tenía pendiente por cumplir.

– Nash Morgan – le recordó él –. El nuevo preparador de caballos – un brillo irónico despejó la preocupación de su mirada –. Seguro que te lo habré comentado alguna vez...

Compartieron una sonrisa.

– Sí. Creo que sí – en realidad su padre no había hecho otra cosa que hablar de Nash Morgan desde que lo contrató unas pocas semanas atrás, en la feria de caballos de Yellowstone.

En el Big Sky, el rancho que durante generaciones había pertenecido a la familia de Suzanna, criaban y entrenaban caballos para trabajar con las vacas. El Big Sky tenía una bien ganada reputación al respecto. Y Frank Brennan siempre andaba buscando un tipo muy especial de entrenador, un hombre que tuviera el «toque», como solía llamarlo, y que supiera «pensar como los caballos». En su experiencia, tal hombre era una verdadera rareza. Pero, al parecer, por fin lo había encontrado en Nash Morgan.

El padre de Suzanna había tenido que pagarle un salario muy alto para persuadirlo de que pasara a trabajar durante un tiempo para él. Al parecer, la prioridad de Nash Morgan era montar su propio rancho de caballos. Pero Frank tenía un plan. Si Nash funcionaba como se esperaba, Frank confiaba en convencerlo de que invirtiera su talento, su capital y su futuro en el Big Sky.

—Si llega antes de la hora de la comida, podrías enseñarle el rancho —le sugirió su padre—. Y la cabaña, claro —se refería a la cabaña que se alzaba detrás de la casa, donde solían alojar a los huéspedes—. No quiero meterlo en el barracón con los demás hombres. Quiero que se sienta cómodo y que...

—Papá, la cabaña ya está preparada. Te aseguro que se sentirá bien recibido —ésa, al menos, era una promesa que esperaba poder cumplir.

Minutos después, su padre se marchó para reunirse con los hombres en las cuadras. Suzanna limpió la cocina y dejó cociendo el estofado para la comida. Luego fue al despacho del salón y estuvo trabajando durante un par de horas, pagando facturas y revisando encargos.

Suzanna se había licenciado en Ciencias Empresariales, y desde que volvió de la Universidad de Sacramento, en enero, se había dedicado a llevar los libros de contabilidad del Big Sky. En Sacramento era donde había conocido a Bryan Cummings. Pero hacía ya tiempo que Bryan se había marchado. Se había enrolado en el Peace Corps tres meses atrás, en marzo... el mismo día en que supuestamente habrían debido casarse.

De modo que al final las rosas de los Derringer no le habían dado suerte.

El trabajo con los libros de contabilidad siempre conseguía relajarla. Suzanna disfrutaba con la exactitud de los números y de las cuentas: todo problema tenía una única solución, y encontrarla sólo era cuestión de tiempo. Pero ese día no podía concentrarse en las columnas de cifras de la pantalla. No paraba de cometer errores, de entrar datos incorrectos, de pulsar las teclas equivocadas. Y se quedaba distraída mirando la enorme chimenea de piedra del salón, al otro lado del escritorio de caoba donde estaba sentada.

Desvió la mirada hacia la ventana. Hacía un cálido y despejado día de junio. Fuera, más allá de las sombras del tejado de la veranda, el inmenso cielo de Montana era tan azul como los ojos de su padre.

Quizá debería salir a montar un poco. Podía escoger uno de los potros de dos años que estaban entrenando. De esa manera lograría distarse de la promesa que se había hecho a sí misma y que no podía sacarse de la cabeza.

Con un suspiro, apagó el ordenador y subió al primer piso. Una vez arriba, en lugar de dirigirse a su habitación para cambiarse las zapatillas por las viejas botas que usaba para montar, se detuvo inconscientemente en el rellano, al pie de la escalera plegable que llevaba al ático.

Le encantaba el ático. Estaba lleno de tesoros de varias generaciones, cosas que los Brennan ya no necesitaban pero que de alguna manera se habían resistido a tirar. Las dos pequeñas ventanas de cada lado dejaban entrar suficiente luz, pero aun así encendió la desnuda bombilla. Motas de polvo bailaban en el aire a su alrededor mientras recorría con la mirada las filas de cajas alineadas, llenas de ropa vieja y antiguas decoraciones navideñas, de vajillas y mantelerías, de juguetes y juegos de mesa. Había también lámparas de pie sin pantalla y sillas cojas. La casita de muñecas de dos pisos, que había heredado de su hermana mayor, Diana, dormía en una esquina al lado de una vieja butaca.

A la derecha de la casa de muñecas, más allá de la ventana que daba al este, se hallaba el arcón de boda de su tatarabuela. Arrodiándose frente a él, descolgó la llave que colgaba de un clavo, justo al lado.

— Eso es puro masoquismo — susurró —. No debería...

Pero lo hizo. Introdujo la llave en la cerradura de bronce, la giró y alzó la tapa. Una sonrisa de nostalgia se dibujó en sus labios cuando olió el aroma mezclado a limón y lavanda, naranja y clavo. Las delicadas prendas de satén y encaje habían sido amorosamente guardadas y perfumadas. Encima del todo estaba el vestido de boda de su tatarabuela Isabelle, de seda y encaje irlandés. Como el resto de la ropa, había ido amarilleando con los años hasta adquirir un leve tono marfil.

— Poco me ha faltado...

Poco le había faltado para ponerse aquel vestido. Poco le había faltado para vivir el sueño que había acariciado desde que era una niña y jugaba con aquella casita de muñecas que había heredado de su hermana. Poco le había faltado para lucir el mismo vestido que su tatarabuela había estrenado el día en que se casó con Kyle Brennan, cerca de un siglo atrás.

Ése sí que había sido un escándalo: la adinerada chica de los Cooper casándose con el capataz del rancho de su padre, guapo pero sin un céntimo. Pero Isabelle había desafiado valientemente la desaprobación de sus vecinos. Se había casado por amor y nunca se había arrepentido de ello.

Desde entonces se había desarrollado toda una tradición de felices matrimonios en la familia Brennan. Suzanna debería haber sido la última. Había soñado con una boda estilo Brennan, feliz y para siempre.

Por eso, cuando vio que ese sueño se le escapaba de las manos, se había vuelto un poquito... Bueno, sólo había una palabra para eso: loca.

Sí. Se había vuelto loca, se había desquiciado pensando que ni siquiera las rosas de los Derringer habían sido lo suficientemente poderosas como para hacer su sueño realidad. Pensando en la ilusión con que se había reservado para su noche de bodas

con Bryan... Sí, se había vuelto loca cuando llegó la noche de bodas... y Brian no estuvo allí, a su lado.

Lo suficientemente loca como para pasar aquella misma noche, la malograda noche de novios, con un vaquero libre y sin compromiso. Un vaquero cuyo nombre ni siquiera conocía.

Tenía veintidós años el día en que Bryan la dejó plantada en el altar. Y los seguía teniendo, aunque se sentía mucho mayor. Envejecida. Y triste. Y sabia. Y culpable...

—Estúpida —murmuró, con la mirada clavada en el vestido—. Estúpida, tonta, imprudente... —soltó un gemido.

Justo en ese momento, sonó el timbre de la puerta. Debía de ser el nuevo preparador de caballos de su padre.

Bajó la tapa del arcón y se disponía a girar la llave cuando vio que había quedado fuera un diminuto pedazo de encaje. Volvió a levantarla y lo colocó bien.

Fue entonces cuando descubrió que una sección de la moldura del arcón, justo al lado de la cerradura, se había levantado. Tendría que volver más tarde para intentar repararla. Al deslizar un dedo entre la tela y la pared interior de madera, tocó algo que no era tela. Eran sobres, de papel. Se habían amarilleado con el tiempo, como el vestido de su tatarabuela.

Había seis sobres, cada uno dirigido al capataz Kyle Brennan y escrito con una letra redonda y artística, de mujer. Al parecer, no había madurado tanto como había pensado, porque la loca romántica seguía viviendo dentro de ella. Se lo demostraba su corazón, que en aquel instante se había acelerado de pura euforia.

Eran cartas de Isabelle. Resultaba increíble que pudiera tener en aquel momento en sus manos las cartas de amor que Isabelle le había escrito a Kyle... cartas que habían permanecido escondidas durante más de un siglo.

Abajo, el timbre de la puerta volvió a sonar. Suzanna se ordenó tranquilizarse. Aquellas cartas de amor tendrían que esperar... si es que realmente lo eran. A esas alturas, el señor Morgan debía de estar dudando de que hubiera alguien en casa.

Cerró el arcón. Luego apagó la luz y volvió a bajar. No se molestó en volver a plegar la escalera, sino que corrió a su habitación para guardar los sobres en un cajón de la cómoda, bajo los gruesos suéteres de invierno.

El timbre sonó por tercera vez cuando estaba bajando las escaleras. Podía distinguir la alta figura de un hombre a través del cristal esmerilado de la puerta.

—¡Ya voy! —gritó para evitar que se marchara.

Se detuvo para atusarse un poco el pelo y alisarse la falda. Finalmente, forzó una sonrisa y abrió la puerta.

—Lo siento, yo... —las palabras se le atascaron en la garganta.

Y el corazón le dio un vuelco en el pecho, se detuvo por un instante... y empezó a latir al triple de velocidad.

«Oh, Dios mío», exclamó para sus adentros. Era él. El hombre que había conocido en la que debería haber sido su noche de bodas, y que ella había conocido sencillamente como Slim.

No podía ser...

Pero lo era.

El padre de su futuro hijo estaba justo delante de ella.

## Capítulo 2

Suzanna parpadeó, como deslumbrada por una ráfaga de luz cegadora. Quizá fueran imaginaciones suyas... pero no. Cuando se atrevió a mirarlo de nuevo, seguía allí. Habría reconocido aquellos ojos verdes en cualquier parte.

Tragando saliva, luchó contra la náusea que le subió por la garganta. Para ello tuvo que hacer uso de toda la determinación que poseía, y funcionó, hasta cierto punto. Seguía sintiéndose peligrosamente alterada, pero el inmediato peligro de devolver el desayuno había pasado.

—Nash Morgan, a su servicio —se quitó el sombrero.

Tenía la voz ronca y suave, con un dejo de ronroneo, igual que la recordaba. Sonrió. ¡No la había reconocido! Suzanna estaba estupefacta. ¿Cómo podía ser? Al fin y al cabo, habían pasado una noche entera juntos. No había habido mucha luz, ni en aquel bar de carretera ni después, en la habitación de hotel, aunque sí la suficiente para...

La había visto bien. Toda ella. Y, además, Suzanna había creído distinguir un brillo de reconocimiento en sus ojos la primera vez que le abrió la puerta... ¿o no?

Le tendió la mano. Ella se la estrechó de manera automática, sintiendo su calor, su fuerza, la aspereza de su callosa palma. Un rubor le subió por el cuello cuando evocó el contacto de aquellas manos en su piel desnuda.

—Señor Morgan... —esbozó una enorme y falsa sonrisa— nuestro nuevo preparador de caballos.

—Eso es.

—Bienvenido al Big Sky —le soltó la mano.

—Es usted la hija de Frank, ¿verdad?

—Sí. Suzanna —ahora ya estaba segura: no se acordaba de ella. No había sido para él más que otra simple conquista. ¿Cuántas debía de haber tenido para que se hubiera olvidado tan rápidamente de ella, cuando apenas habían pasado tres meses desde su encuentro?

Suzanna decidió que era preferible no hacerse unas preguntas tan peligrosas, por lo menos en ese momento. Detrás de Slim, al otro lado de la valla blanca que cercaba el patio, vio aparcada una camioneta verde con un largo remolque. Señaló el vehículo:

—Puede aparcar el remolque en el pabellón. El edificio se levantaba a unos cien metros de allí, cerca del pozo y del molino de viento.

La estaba mirando de una forma muy extraña... ¿Acaso se le había notado algo en la cara?

—También puede utilizar el cobertizo de los aperos para guardar todo lo que necesite... ¿Lleva caballos en ese remolque?

—No, está vacío. Voy a aparcarlo —y se dispuso a marcharse.

– Ah, er...

El vaquero se volvió para mirarla, expectante. Suzanna tragó saliva, nerviosa.

– Cuando termine, vuelva para que le enseñe su alojamiento.

– Muy bien.

Lo observó mientras se alejaba por el paseo, admirando la anchura de sus hombros y los reflejos que el sol arrancaba a su cabello oscuro.

No tardó mucho tiempo en regresar. Todavía sin poder creer que todo aquello estuviera sucediendo en realidad, Suzanna lo acompañó hasta su cabaña.

– Es muy bonito – comentó él, mirando a su alrededor –. Aunque preferiría quedarme con los demás hombres.

– Pero mi padre pensó que estaría usted más cómodo si disponía de...

– Mientras esté aquí, esos hombres entrenarán a sus caballos según mis métodos. Quiero conocerlos bien.

Así que lo llevó al barracón, le asignó una cama y le mostró dónde podía guardar sus artículos personales. Durante todo el tiempo, imágenes de la noche que habían pasado juntos acibillaron su mente, robándole el aliento.

Podía verlo tan claramente como lo estaba viendo en aquel momento: primero en el bar de carretera en las afueras de Billings, donde se conocieron, inclinado sobre la mesa de billar, cuando de repente alzó la mirada hacia ella con una sonrisa burlona... Y después, ya mucho más cerca, mirándola con un brillo ardiente en sus ojos verdes, a punto de hacerle el amor en la habitación del hotel...

Por fin lo llevó a las cuadras y lo dejó con su padre y los demás hombres. Mientras volvía a la casa, pensó que nunca en toda su vida se había alegrado tanto de alejarse de alguien.

Su padre apareció a las doce y media.

– Así que Nash rechazó la cabaña – rió entre dientes –. Prefirió un estrecho jergón antes que una estupenda y cómoda cama. Decididamente, ese hombre vive para su trabajo.

Luego su padre le dijo que a la una quería invitar a los hombres a compartir el estofado. Normalmente, los trabajadores comían en el barracón. Pero aquélla era una ocasión especial, dado que era el primer día de Nash.

Suzanna no tuvo otro remedio que aguantarse. Sirvió el estofado e intentó comportarse como si no pasara nada mientras los hombres comían y hablaban de caballos. Se esforzó todo lo posible por no mirar demasiado a Nash Morgan. Pero los recuerdos seguían acosándola. Recuerdos de lo que había sido aquella noche. Recuerdos sobre su alocado comportamiento, después del plantón que le había dado Bryan.

Diana, que había pedido permiso en el trabajo para venirse desde Chicago y hacer de dama de honor, no se había separado de ella en toda la tarde. Finalmente, cuando se hizo de noche, Suzanna le dijo a su hermana mayor que no podía soportar

seguir en la casa ni un segundo más. Que tenía que salir y dar un paseo en coche. Que necesitaba estar sola por un rato.

Al principio, Diana intentó disuadirla. Pero Suzanna no le hizo caso. Finalmente, su hermana acabó cediendo.

—Ten cuidado —le advirtió con su habitual tono maternal: el de la hermana mayor que la había cuidado desde niña, cuando su madre murió tan joven—. No cometas ninguna locura...

—Tranquila. Sólo necesito salir.

Subió al todoterreno que su padre le había comprado cuando se marchó a Cal State y condujo durante un rato en un vano esfuerzo por olvidar su furia, su humillación, las lágrimas que le anegaban los ojos y que se negaba a derramar.

Pensó en tomar rumbo norte, hacia Whitehorn, el pueblo donde había estudiado Secundaria y donde vivían muchos de sus amigos. Pero no estaba de humor para ver a nadie aquella noche, y menos para que sus amigos se compadecieran de ella... La mayor parte habían asistido a la boda que no había llegado a realizarse. Y las noticias viajaban rápido en Whitehorn.

Así que se dirigió hacia el este por la autopista, para salir de nuevo a unos treinta kilómetros de Billings. Durante un rato estuvo conduciendo a la deriva, hasta que se encontró con un bar de carretera, el Fanny Annie's, y decidió detenerse. Un solo vistazo al local le confirmó que era uno de aquellos clásicos lugares desaconsejables para una mujer sola, sobre todo a esas horas de la noche. Pero entró de todas formas, pidió una copa tras otra y al final terminó jugando al billar con Nash Morgan... aunque en aquel momento no conocía su verdadero nombre.

Lo cierto era que no se lo había preguntado ni una sola vez. Ni él le había preguntado a ella el suyo. La había llamado «ojo de águila» en plan de broma, porque cada vez que había apuntado a una bola, había fallado el tiro.

Y ella lo había llamado Slim. Le pareció que el nombre le sentaba bien.

Nacida y criada en el Big Sky, repleto siempre de vaqueros, Suzanna había conocido a un buen número de Slims en su vida. Tenían caderas que hacían honor a sus nombres, llevaban téjanos viejos y desteñidos y apretadas camisas vaqueras que dejaban ver cada músculo de sus imponentes torsos. Tenían un gran corazón y trataban con una ternura especial a las mujeres y a los caballos. Y nunca se quedaban demasiado tiempo en un mismo lugar.

No había tenido intención de acostarse con él: simplemente habían acabado en la cama, dado su estado de ánimo, la cantidad de copas que había tomado y... lo reconfortante de la compañía. Slim era un desconocido, y un desconocido era precisamente lo que ella había necesitado aquella noche, alguien que no supiera nada de su vergüenza y de su humillación. Un atractivo y tentador desconocido que, de algún modo, le había recordado la maravillosa sensación de volver a casa después de un largo viaje...

—Suzanna —la voz de su padre la devolvió a la realidad—. Pásanos esas galletas. Nash necesita más. El aludido se echó a reír.

—Hombre, tanto como necesitarlas... pero desde luego que están sabrosas.

Suzanna le dedicó su más cortés sonrisa y le pasó las galletas.

—Mi hija tiene muy buena mano con la cocina y una gran cabeza para los números, además —anunció Frank, orgulloso—. Desde que salió de la universidad, ha metido al Big Sky en el siglo XXI—. Lleva todas las operaciones del rancho en su ordenador. Cualquier dato que necesitéis saber, preguntádselo a ella.

Nash asintió con la cabeza, admirado.

—Y será mejor que seas también amable con ella... —le advirtió Frank— porque será ella quien te pagará.

—Lo tendré en cuenta.

El efecto de su mirada le aceleró el corazón, pero continuó sonriendo. Para cuando los hombres volvieron al trabajo, poco después de las dos, le dolían los músculos de la cara.

Se concentró en arreglar la cocina, para distraerse. Luego subió a su habitación para tumbarse un poco y se puso una toalla húmeda sobre los ojos para combatir la jaqueca.

Durante la cena, su padre le preguntó si le preocupaba algo. Era la oportunidad perfecta para confesarle la verdad.

No lo hizo: simplemente le dijo que tenía dolor de cabeza. Y escuchó luego, con sonrisa forzada, las presuntas bondades de Nash Morgan y la suerte que había tenido de encontrarlo. Al parecer había conseguido que Darcy's Laddy, un potro de tres años que les había estado dando problemas, comiera directamente de su mano en tan sólo una hora.

Durante los días siguientes, Suzanna se recluyó en la casa. Inmovilizada: así era como se sentía. Atrapada en un oscuro lugar, a solas con su propia indecisión y su autodesprecio. Sentía ganas de vomitar... y no sólo por su embarazo.

El malestar de estómago le venía del temor a tropezarse de nuevo con el padre de su hijo. Estar encerrada en aquella casa le desquiciaba, y sin embargo no podía salir, no hasta que estuviera lista para enfrentarse con Slim... con Nash.

Porque sabía que tendría que enfrentarse a él y decírselo, contarle lo del bebé, aunque todo apuntaba a que se había olvidado de ella después de aquella noche. No importaba que él no quisiera saber nada de ella ni del bebé, como parecía lo más probable. Pensara lo que pensara o dijera lo que dijera, él era el padre y tenía derecho a saberlo.

De manera que había dos hombres que se merecían estar informados del lío en el que se había metido ella sola. Uno, su padre, que la había engendrado, criado y querido durante toda su vida. Y otro que simplemente había pasado una sola noche con ella. Pero Suzanna seguía sin decir nada.

Más de una vez su padre había intentado sonsacarle el verdadero motivo de su estado. Y cada vez ella había despejado sus preocupaciones: que sólo estaba cansada, que había vuelto a tener jaqueca, que no le pasaba nada malo...

Pero cuando llegó el jueves por la mañana, Frank Brennan se hartó de escuchar falsas y pobres excusas. Y así se lo dijo a su hija:

– Por Dios, niña, a ti te pasa algo y yo tengo que saberlo.

– No es nada.

– No me mientas.

– Yo estoy... – «estoy embarazada», pensó en decirle. «Embarazada de Nash Morgan, ese entrenador tan bueno que contrastaste y del que no paras de hablar» – bien, de verdad –. Sólo es un virus de éstos que duran veinticuatro horas.

¿Un virus de veinticuatro horas? «¡Ja!», exclamó Suzanna para sus adentros. Lo que tenía era un virus que iba a durarle seis meses más. Y que al cabo de ese tiempo se transformaría en un hijo que tendría que criar.

– ¿Bien? – su padre alzó la voz –. ¿Bien? ¿Te crees que no tengo ojos? Llevas semanas encerrada en esta casa. Y, durante los últimos días, la cosa ha empeorado. No has salido desde el lunes. Quiero que me lo cuentes ahora mismo. ¿Qué es lo que te pasa?

– Papá, yo...

– ¿Sigues sufriendo por ese imbécil de California que te dejó plantada en el altar? Espero que no sea eso, sinceramente. Porque tuviste suerte de haber cortado con ese estúpido, y ya va siendo hora de que te entre eso en la cabeza.

– No, no se trata de Bryan, papá – eso, al menos, era cierto. Pero lo que le dijo a continuación, no –. No me pasa nada. Estoy bien.

– ¡Bien! – rezongó su padre, disgustado –. ¿Crees que repitiendo esa palabra conseguirás arreglarlo todo? Algo te pasa, y si no me lo dices ahora, hoy mismo te llevaré a Whitehorn. Haremos una visita a Doc Winters. Quizá él pueda averiguar lo que te sucede.

– No estoy enferma, papá. No necesito ningún médico.

Se miraron fijamente, en una silenciosa batalla de voluntades. Frank fue el primero en bajar la mirada... pero no para rendirse, sino para cambiar de táctica.

– Muy bien entonces. Si no estás enferma, quiero verte salir y montar a caballo. Sal a galopar un rato y a respirar un poco de aire fresco. Nash ya está completamente a cargo del programa de entrenamiento. Habla con él esta mañana. Nash te dirá qué caballo quiere que montes.

«Dios mío», exclamó para sus adentros. Nash. Quería que hablara con Nash.

– Pero papá, yo...

– Sal a cabalgar, Suzanna. O iremos ahora mismo al médico.

Encontró a Nash en la pista de rodeo, donde estaba probando a Bucky Boy, un alazán de tres años hijo de la preciada yegua King, Chocolate Jessie.

Desmontó nada más verla, pero todavía dedicó algunos segundos a hablar con el animal. Bucky Boy permanecía muy quieto, como si realmente estuviera escuchando lo que él le decía al oído. Nash se echó a reír y le rascó las orejas, cariñoso. Luego sacó al caballo de la pista y lo entregó a uno de los mozos.

Finalmente se dirigió hacia ella. Se tocó el ala del sombrero a modo de saludo.

—Señorita Brennan... Frank me ha comentado que pensaba salir a montar.

Suzanna asintió, incómoda y dolida. Dolida de que no se acordara de ella, de que estuvieran hablando como dos desconocidos cuando hacía tan poco tiempo que había yacido desnuda en sus brazos, cuando llevaba un hijo suyo en sus entrañas...

Tosió para disimular el nudo que sentía en la garganta.

—Sí. Me dijo que hablara con usted antes de escoger un caballo.

La llevó al cobertizo de los aperos, donde el programa de entrenamiento estaba clavado en una pared: una fila para cada potro y cada potrillo, con una casilla para cada día. Su padre siempre conservaba aquel tablón, pero a menudo los mozos se olvidaban de escribir en las casillas por pura pereza. Desde que Nash había llegado, sin embargo, cada espacio en blanco estaba repleto de notas e instrucciones.

—Me gusta llevar un plan —le explicó Nash.

Se había colocado detrás de ella mientras contemplaba el tablón. Su cercanía le desquiciaba. Suzanna respiró hondo e intentó relajarse.

—Cada caballo es diferente —continuó Nash—. Un potro es como un niño, un colegial, un estudiante. Necesita un buen profesor. Y un buen profesor siempre trabaja con un plan organizado.

Suzanna asintió con la cabeza; era lo único que podía hacer en aquel momento. Podía verlo por el rabillo del ojo. Y podía olerlo. Oía tal y como lo recordaba: un aroma limpio y sano, a tierra fresca, que habría reconocido en cualquier parte. Una aroma que le hacía desear lanzarse a sus brazos. Tensándose, se volvió.

—Er... tiene buen aspecto.

Vio que esbozaba una media sonrisa. Contempló sus labios, aquella boca que la había besado, en un beso largo, profundo, húmedo... Aquella boca que había recorrido todo su cuerpo mientras ella gemía y se retorció de deseo, suplicándole que no se detuviera, pidiéndole a gritos más...

—Bueno —logró dominarse—, si usted me dice cuál de sus estudiantes está disponible para dar un paseo, no lo entretendré más.

Sus miradas volvieron a encontrarse.

—¿Le he dicho yo que me estaba entreteniéndolo?

—Por supuesto que no. Pero ya sabe lo que quiero decir.

Encogiéndose de hombros, Nash señaló la pared de la que colgaban los arreos.

—Recoja su equipo y vamos.

Suzanna no se movió.

– Er... ¿ha dicho «vamos»?

Él escogió un par de cabezales y de cinchas.

– Montaré con usted para ver cómo lo hace.

– Pero...

Se volvió de nuevo hacia ella, recorriéndola una vez más con sus ojos verdes.

– ¿Pero qué?

– Que no es necesario. En absoluto. Llevo montando los caballos de este rancho desde que era una niña, por el amor de Dios. Usted simplemente dígame cuál quiere que monte y lo que quiere que haga con él, y yo...

– ¿Tiene alguna objeción a que la acompañe? – de repente sus ojos se habían vuelto de piedra, carentes de todo brillo.

– No, por supuesto que no me importa salir a cabalgar con usted, pero...

– Entonces elija una silla – le señaló la fila de sillas blandas, no lejos de la pared de las cinchas y arreos –. ¿O necesita que yo se la alcance? – le preguntó, desafiante.

– No.

– De acuerdo, entonces. Vamos.

Hacia una mañana perfecta para un tranquilo paseo a caballo. Cálida pero no demasiado, con una fresca brisa que soplabla de las Crazy Mountains, al noroeste. Las altas hierbas se combaban y rizaban al paso del viento.

Cabalgaron durante una hora, sin hablar apenas, bordeando el arroyo Bear Tooth, la mayor fuente de agua del rancho. Suzanna continuaba pensando en lo que tenía que decirle a aquel desconocido.

– Hay una sombra muy agradable más adelante – dijo al fin Nash, señalando un grupo de álamos, en un banco del arroyo –. Pararemos allí.

Chasqueó con la lengua y lideró la marcha. Suzanna lo siguió con el estómago encogido.

A la sombra de los árboles, Nash desmontó y ató su caballo. Suzanna hizo lo mismo.

Los animales bebieron en el arroyo y pastaron en la hierba de la orilla. Suzanna se los quedó mirando, aunque no estaban haciendo nada fuera de lo común: los había visto hacer eso miles de veces en su vida. Pero mirarlos significaba no tener que mirar a Nash.

Fue él quien inició la conversación. Con aquella voz ronca y suave que tenía, le habló de lo bien que le caía su padre, de la buena marcha del Big Sky y de lo contento que estaba con los hombres.

Suzanna asentía a todo lo que le decía. Pero su mente era un remolino. Había algo en la manera que tenía de mirarla, algo en la sonrisa de aquella boca que cierta noche había besado con ardiente pasión... Sus miradas y sus medias sonrisas eran como pistas.

Pistas que le decían, sin hablar, que él también se acordaba de ella, después de todo. Que hasta el momento había simulado no reconocerla. Que ella no se había equivocado al distinguir un brillo de reconocimiento en sus ojos en el primer instante en que lo vio, aquel lunes por la mañana.

De repente él le preguntó:

—¿En qué estás pensando?

Se había quedado distraída mirando los caballos otra vez. Pero su pregunta le había hecho volver la cabeza, le había erizado el vello de los brazos con una sensación muy parecida al miedo. Había empezado a tutearla.

—¿Qué?

—¿En qué estás pensando?

—Bueno, en nada —mintió—. Yo... sólo estaba escuchando lo que estabas diciendo, eso es todo.

Su expresión le dijo que no se lo había creído ni por un segundo.

—¿Quieres saber lo que yo estoy pensando?

«¡No», le gritó su cobarde corazón. «No, no quiero saberlo... ».

Pero él se lo dijo de todas formas:

—Estoy pensando en que montas a caballo mucho mejor de lo que juegas al billar, ojo de águila.

## Capítulo 3

Ojo de águila.

«Oh, Dios mío», exclamó para sus adentros. Se acordaba de ella.

El estómago le dio un peligroso vuelco. Dios mío, esa vez no iba a poder dominar la náusea. Iba a vomitar...

Respiró hondo, cerró los ojos y se puso en cuclillas, preparándose para lo peor. Nash le tocó un hombro.

—Suzanna...

Alzó una mano para indicarle que se apartara. El estómago le dio otro vuelco... y se asentó, al menos de momento.

Abrió los ojos. Podía ver las botas de Nash plantadas firmemente en el suelo, apenas a medio metro de distancia, a su izquierda. Con un suspiro, se sentó en la orilla del arroyo.

Segundos después, Nash se sentó a su lado. Ella le lanzó una furtiva mirada.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

No contestó. No había necesidad. Perfectamente podía ver que no.

—Mira —le dijo—. Por lo que a mí se refiere, lo que sucedió aquella noche es un asunto únicamente nuestro. Si lo que te preocupa es que pueda ir contándolo por ahí...

—Yo... no. No, no es eso.

—¿Entonces qué es?

Era el momento de decírselo. Lo miró, desesperada.

—Yo... —pero las palabras no llegaban.

Bajó la cabeza. Y de repente él le pasó un brazo por los hombros. Por muy extraño que resultara, a Suzanna le pareció un gesto perfectamente natural. Y consolador.

Con un largo suspiro, enterró el rostro en su hombro. Nash la atrajo hacia sí y empezó a acariciarle el pelo.

Transcurrieron unos minutos. Nash la abrazó, y ella se arrebujó contra él, aspirando su maravilloso aroma, contenta de refugiarse en sus fuertes brazos y contenta también de no tener que mirarlo...

—Vamos —le dijo él al fin, alzándole la barbilla con un dedo—. Vamos, no puede ser tan malo...

—Sí que lo es. Tú no lo entiendes.

—Entonces será mejor que me lo cuentes.

—Yo...

– Vamos. Dímelo.

Algo vio en su mirada que acabó por decidirla. Le soltó la verdad de golpe.

– Estoy embarazada.

Sonaba horrible, dicho así... Se apartó de él, y Nash retiró el brazo. Por unos segundos permanecieron quietos los dos, sin mirarse, con la vista clavada en las montañas, sin saber qué decirse.

Finalmente, Nash recogió un guijarro y lo lanzó al arroyo. Suzanna observó las ondas que hizo al caer en las cristalinas aguas mientras se preguntaba si él estaría pensando lo mismo que ella. Que había tenido muy mala suerte al quedarse embarazada, cuando él solamente había tenido un descuido en toda la noche que habían pasado juntos...

Porque él había usado protección. Pero había habido un momento, cerca del amanecer, cuando una frenética ansia se había apoderado de los dos. Él la había buscado y ella había acudido a su encuentro... y ambos se habían olvidado de tomar las precauciones necesarias.

– ¿Ha habido... alguien más aparte de mí?

Suzanna negó enérgicamente con la cabeza.

– Entonces es mío – añadió él.

Ella asintió, mordiéndose el labio para reprimir el gemido que le estaba subiendo por la garganta.

– Nos casaremos – sentenció Nash.

Sólo entonces se volvió para mirarlo.

– Pero si ni siquiera te conozco...

– No importa. Es lo que hay que hacer.

– No – replicó con firmeza –. Quiero decir que... no, pero gracias. Eres muy amable, pero... yo nunca podría casarme con alguien a quien no amo.

Él se la quedó mirando durante un buen rato, haciéndole sentirse extremadamente incómoda. Hasta que al fin le soltó, rotundo:

– Piénsatelo.

Suzanna volvió de nuevo la vista hacia las montañas, para escapar a su mirada.

– No, de verdad. No tengo que pensármelo. Yo no te quiero y...

Nash la interrumpió a mitad de frase.

– Frank no lo sabe, ¿verdad?

– Er... no, yo... tenía intención de decírselo.

– Pero no lo has hecho.

– Aún no.

– Bueno, pues entonces creo que deberíamos decírselo esta noche.

Había empleado la primera persona del plural. Estaba decidido a acompañarla. A enfrentarse a su padre con ella. La gratitud la barrió por dentro como una ola cálida.

Se volvió hacia él. Sus ojos estaban esperando su mirada.

—Yo... no tienes por qué hacer eso.

—Claro que sí.

Le tocó un hombro, y ella supo con aquel gesto que sabía exactamente cómo se sentía. Entendía el miedo que la devoraba ante la perspectiva de contarle a Frank Brennan lo que había hecho.

—Han pasado tres meses —le recordó él—. Esto no puede esperar más.

—Lo sé.

—Entonces será mejor que lo hagamos cuanto antes. Esta noche, como te he dicho.

—De acuerdo —se preguntó qué otra cosa podía decir.

—Iré a la casa.

—Está bien. Er... a las seis, a la hora de la cena. Se lo diremos después. Será mejor así, para que no sea tan... brusco —no sería mejor de ninguna manera: daba igual. Aun así, si él insistía en estar a su lado en el momento de anunciar la noticia... al menos que cenara bien antes.

Su padre volvió a las cinco y media. Nash ya le había avisado de que se pasaría para cenar. Frank acogió contento la idea.

—Me alegro de que lo hayas invitado —le dijo a su hija, haciéndole un guiño—. Y le encantan tus galletas.

Suzanna respiró profundamente.

—Ya. Bueno, he hecho muchas.

La cena transcurrió sin problemas. Nash y su padre tenían mucho de qué hablar. Charlaron, por supuesto del trabajo. Frank sacó el tema del viaje de dos semanas que pensaba hacer a finales de mes: primero para asistir a la feria anual de caballos en Gillette, y después para visitar a un amigo en Colorado.

—Me alegro de que te quedes aquí, Nash —le dijo Frank—. Entre Suzanna y tú, dejaré el rancho en buenas manos.

Suzanna no levantó los ojos del plato mientras se preguntaba si Nash seguiría en el rancho por ese entonces. ¿Continuaría confiando su padre en su nuevo entrenador después de escuchar lo que ambos tenían que decirle? Y Nash... ¿querría quedarse? Ella lo admiraba por haberla acompañado aquella noche, pero no podía esperar que quisiera quedarse a ver cómo engordaba mes a mes con un hijo suyo en sus entrañas... La había pedido en matrimonio obligado por su sentido de la responsabilidad, y ella lo había rechazado. Realmente lo mejor para todos era que siguiera su camino...

Y sin embargo, cuanto más lo conocía, más le parecía el típico hombre que jamás se marcharía dejando un hijo suyo atrás. Así que quizá tuvieran que llegar a algún arreglo, de manera que pudiera ver al bebé de vez en cuando. Pero... ¿quién podía decirlo? Lo cierto era que no sabía lo que haría Nash. No tenía ni la más remota idea.

La cena terminó demasiado pronto para Suzanna. Recogió los platos, sirvió la tarta de melocotón y se obligó a comer con apetito. Todo con tal de evitar la mirada preocupada de su padre.

Finalmente, llegó el momento. Lanzó una rápida e inquisitiva mirada a Nash. Él asintió... y a Suzanna le entraron unas enormes ganas de levantarse de un salto de la mesa, recoger los platos vacíos del postre y volar a la cocina.

Pero se obligó a quedarse sentada.

—Frank, hay algo que tienes que saber —empezó Nash.

Su padre hizo a un lado su plato, mirando a uno y a otra.

—Vaya, parece que se trata de algo serio.

—Lo es —Nash se interrumpió, y Suzanna comprendió que le estaba dando la oportunidad de que se lo dijera ella.

—¿Qué es? Me estáis poniendo nervioso. Nash se aclaró la garganta. Y, de algún modo, Suzanna encontró por fin la voz.

—Voy a tener un bebé, papá.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Su padre se quedó lívido, y luego enrojeció súbitamente. Lanzó una feroz mirada a Suzanna: una mirada que le hizo desear levantarse de la silla y escabullirse bajo la mesa como una niña que se hubiera portado mal, para no volver a salir nunca...

Por fin soltó un juramento.

—Ese maldito canalla, esa comadreja inmunda... Debería haberlo adivinado.

Suzanna tragó saliva hasta que recuperó nuevamente la voz.

—¿Qué?

—Nunca confié en él. Ni por un momento, desde el primer día que lo trajiste a esta casa. Un hombre que se lía con una chica y que luego se enrolla en ese maldito Peace Corps...

—¿Bryan? —murmuró Suzanna, aturdida.

—Claro, Bryan. ¿Quién si no? —exclamó, disgustado, y soltó otro juramento—. ¿Acaso no sigues en contacto con él?

—Yo... no. Ni siquiera sé dónde localizarlo. Y además, papá, no...

—Bueno, está bien. Menos mal. Habría sido el último tipo que habría querido tener como yerno. Si alguna vez vuelve a poner los pies en el Big Sky, lo desollaré vivo y pondré a secar su pellejo en la habitación de los aperos.

—papá...

Pero Nash la interrumpió.

—Espera un momento... ¿Quién es Bryan?

—¿Que quién es Bryan? —resopló Frank—. Yo te diré quién es Bryan. Bryan es su novio... su ex novio. La dejó plantada en el altar, el muy canalla. Hace tres meses, el mismo día de la boda, el veinticuatro de marzo pasado. Y fue para ingresar en el Peace Corps, ¿te lo puedes creer?

Nash la miró, y Suzanna le leyó el pensamiento. Nunca le había dicho una palabra sobre Bryan: ni la noche que pasaron juntos ni ese mismo día, cuando había contado con la mejor oportunidad del mundo para decírselo.

—El veinticuatro de marzo —repitió Nash con tono suave. Demasiado suave—. ¿Se supone que ése iba a ser el día de tu boda?

«Dios mío», exclamó Suzanna para sus adentros. ¿Cómo podía haber pensado que se había olvidado de ella? Resultaba dolorosamente claro que se acordaba de todo, incluida la fecha de la noche que habían pasado juntos...

Tragó saliva.

—Yo... supongo que debería habértelo dicho.

—Sí —repuso—. Deberías habérmelo dicho. Pero claro, fueron tantas las cosas que no me dijiste...

Aquello consiguió irritar a Suzanna.

—Hey, espera un momento, amigo... Tú tampoco me has explicado muchas cosas, si la memoria no me falla. Ni siquiera...

—¡Basta! —Frank descargó un puñetazo sobre la mesa, haciendo temblar platos y cubiertos—. No tiene ningún sentido que os pongáis a discutir los dos... lo cual me recuerda... —volviéndose hacia su hija, la miró con una expresión mezclada de furia y curiosidad—. Suzanna, ¿se puede saber por qué diablos has metido a Nash en este lío que es únicamente tuyo?

Suzanna volvió a sentir el impulso de escabullirse debajo de la mesa. Miró de reojo a Nash: aquellos ojos verdes seguían clavados en ella, a la espera de que le revelase a su padre la verdad.

Y ella sabía que tenía que hacerlo, pero... ¿cómo? ¿Cómo podía explicarle a su padre, un hombre esencialmente conservador, que se había escapado de casa en la que debería haber sido su noche de bodas para acostarse con un desconocido?

—Yo...

—Habla, niña. Contéstame ahora mismo.

—Bueno, porque...

—¿Sí?

—Porque él, er... bueno...

Nash debió de cansarse de esperar a que le salieran las palabras, porque al final pronunció con gesto cansado:

– Porque no fue su ex novio quien la dejó embarazada, sino yo.

A punto estuvo Frank Brennan de caerse de espaldas por la sorpresa.

– ¿Tú, Nash?

– Sí, Frank. Yo.

– Pero si apenas os conocéis. La conociste el pasado lunes...

– Nos conocimos mucho antes. La noche en la que debería haberse casado con ese otro tipo. En un bar de carretera llamado Fanny Annie's, en las afueras de Billings.

Su padre se quedó mirando a uno y a otra durante unos segundos, alternativamente. Su rostro reflejaba incredulidad, decepción y todo un cúmulo de sentimientos demasiado dolorosos para analizar.

– Oh, papá – sollozó Suzanna –. Papá, lo siento tanto, yo...

Frank hizo un gesto de desdén, como si no pudiera soportar escuchar su voz, ni sus excusas. Hundido en su silla, alzó lentamente sus manos grandes, de dedos gruesos, y se las pasó por su espeso pelo gris.

– Suzanna... esto no es propio de ti, enredarte con un desconocido, en un bar de carretera, el mismo día de tu boda...

– Yo... estaba viviendo un momento muy malo, papá. Estaba como loca, había perdido totalmente el juicio y entonces...

– No importa – sacudiendo la cabeza, exhaló un profundo suspiro –. ¿Y ahora? ¿Se puede saber qué vas a hacer ahora?

Fue Nash quien respondió por ella, con tono muy tranquilo:

– Casarse conmigo.

## Capítulo 4

Una sonrisa se dibujó lentamente en el curtido rostro de Frank Brennan: una sonrisa de alivio e indulgencia. Volvió a sentarse muy derecho en su silla.

—Bueno, tengo que admitirlo, me siento muchísimo mejor después de haber oído eso, hijo. Pero supongo que debería habérmelo imaginado. Tú no eres un hombre que rehúya sus responsabilidades —se volvió hacia Suzanna, sonriendo—. Así que entiendo que todo se arreglará, después de todo. El hecho es que Nash y tú formáis un buen equipo. Tengo que confesaros que en algún momento se me pasó por la cabeza que pudierais emparejaros... Además, las cosas habrían podido salir mucho peor, ¿verdad? Vosotros dos os casaréis y yo podré descansar tranquilo... y no sólo porque mi nieta tendrá un padre, sino también porque estaré seguro de que el Big Sky estará en buenas manos cuando llegue el momento de ceder las riendas a...

—Frank, no estamos hablando de tu rancho —lo interrumpió Nash—. Estamos hablando de matrimonio. Punto.

—Lo sé, lo sé. Tienes razón. De momento os vais a casar. Ya nos ocuparemos de lo otro más adelante.

Suzanna se dio cuenta de que era mejor que dijera algo antes de que aquellos dos terminaran de planificarle la vida.

—Esperad un momento...

Ambos se volvieron para mirarla.

—¿Qué? —preguntaron al unísono.

Su padre la miraba ceñudo. Nash, por su parte, estaba perfectamente tranquilo.

—¿Cómo has podido hacer algo así? —le espetó ella.

—¿Hacer qué?

—Te dije que no podía casarme contigo. Te lo dije esta misma tarde.

—¿Que tú qué? —bramó Frank.

Suzanna respondió a su padre, pero mirando a Nash.

—Le dije que no podía casarme con él.

—Pero eso es una locura...

Ignorando a su padre, Suzanna se dirigió a Nash:

—Mira, nosotros no nos queremos. Ni siquiera nos conocemos bien.

—Pero tú necesitas un marido ahora mismo —intervino Frank, terco—. El amor vendrá después.

—¿Cómo puedes decir algo así? —se giró hacia él—. Soy una Brennan, papá. Y los Brennan siempre se casan por amor.

—No es momento para estúpidos sentimentalismos... —gruñó.

—¿Sentimentalismos? —repitió, indignada—. ¿Así es como lo llamas ahora? Tú fuiste quien me contó todas aquellas antiguas historias de la familia. Y yo me las aprendí de memoria sentada en tus rodillas. La historia de cómo la tatarabuela Isabelle se casó con Kyle Brennan porque lo amaba con todo su corazón, a pesar de que...

—Suzanna, ya conozco todas esas historias...

—¿Entonces cómo puedes sugerirme que me case con un hombre al que no amo?

—Pues porque es el padre de tu hijo. Porque es un hombre condenadamente bueno. Porque es la mejor solución. La solución correcta.

—No lo es. En todo caso, será la más conveniente.

—Lo que sea —rezongó—. Es la mejor solución para una mala situación.

—No. Es incorrecta, eso es lo que es. Puedo entender que no confíes en mi buen criterio en estos momentos: la he liado buena. Pero sigo siendo una Brennan, nacida y criada como tal. O me caso por amor, o no me caso.

Su padre había enrojecido de nuevo.

—Harás lo que yo te diga. En esto al menos.

—No.

—Estás en un grave problema, niña. Vas a tener un bebé. Y su padre está dispuesto a casarse contigo. Lo menos que puedes hacer es abstenerte de cometer una nueva tontería.

Pero Suzanna cuadró los hombros y alzó la barbilla.

—Lamento que lo consideres una tontería, papá. Pero no amo a Nash y no pienso casarme con él. No es justo.

—Claro que lo es.

—No lo haré. Puedo criar sola a mi bebé. Si Nash quiere colaborar, hablaremos de ello. Pero nada de matrimonio. Frank empujó su silla hacia atrás y se levantó de golpe.

—¡Ya estoy harto de escuchar estupideces! —gritó—. ¡Te casarás con Nash!

—Te he dicho que no.

—Un momento —esa vez fue Nash quien habló, con un tono sorprendentemente calmado.

Tanto Suzanna como Frank cerraron la boca y se volvieron para mirarlo. Levantándose también, se dirigió a Suzanna:

—Gracias por la cena. Me vuelvo al barracón. Reflexiona sobre mi oferta y avísame cuando hayas tomado una decisión.

Se hizo a un lado para meter sin ninguna prisa su silla bajo la mesa y se marchó. Nada más cerrarse la puerta a su espalda, Frank fulminó a su hija con la mirada.

—Será mejor que te lo pienses bien, niña. Espero que al final termines tomando la decisión más razonable.

Suzanna le sostuvo la mirada sin pronunciar una palabra.

Finalmente, su padre lanzó su servilleta sobre la mesa, gruñó un «buenas noches» y se retiró a su habitación. Suzanna se levantó para recoger los platos.

Poco después, necesitada de un mínimo apoyo emocional, descolgó el teléfono de la cocina para llamar a su hermana a Chicago.

Pero colgó sin llegar a marcar el número. Diana, que le sacaba cinco años, siempre había sido como una madre para ella. La había cuidado desde que era niña y había compartido siempre todos sus secretos.

Sin embargo, precisamente por ello, no sería justo por su parte que la mezclara en aquella situación. Dado que su postura y la de su padre estaban completamente enfrentadas, sincerarse con Diana sería como pedirle que tomara partido. Y aunque su hermana lograra mantenerse en una posición intermedia, de todas formas se preocuparía terriblemente. Y si se preocupaba tanto, seguro que lo dejaría todo para hacerle una visita...

No, molestar a Diana no estaría bien.

Había llegado el momento de que resolviera sus propios problemas sola, sin ayuda de nadie.

Subió las escaleras con paso cansino, se dejó caer en el borde de la cama y se quitó los zapatos.

Si al menos tuviera a alguien con quien pudiera hablar de todo aquello... Alguien que le diera fuerzas, que aprobara su decisión de no casarse con un desconocido, aunque ese desconocido resultara ser el padre de su hijo... Bajó la cabeza. Si pudiera... retroceder en el tiempo, hacer un corto viaje al pasado. Dar un bonito y largo paseo con su tatarabuela Isabelle y hablar de amor, de matrimonio y de...

Las cartas.

Alzó bruscamente la cabeza y se quedó mirando la cómoda del fondo de la habitación, donde había guardado las cartas el lunes, cuando Nash Morgan llamó a su puerta. Todavía tenía que leerlas. De algún modo se había olvidado de ellas en medio de los sufrimientos y tribulaciones de los últimos días.

Se levantó de la cama y se acercó al escritorio. Arrodillándose, abrió el cajón inferior. Las manos le temblaron levemente mientras sacaba los seis sobres.

Luego se acercó a su mesa de trabajo, frente a la ventana que daba al jardín, encendió la lámpara y se sentó a leer.

Una hora después, volvía a doblar cuidadosamente la última hoja amarillenta y a meterla en su sobre. Guardó cuidadosamente el fajo de cartas en un rincón del escritorio, apoyó la cabeza sobre los brazos y se echó a llorar.

Había imaginado que serían cartas de amor. Y lo eran. Cartas de amor escritas cuando apenas llevaban un año de matrimonio, Kyle estaba fuera, en un viaje de trabajo, y ella había tenido que ocuparse del Big Sky. La pasión, la ternura y el compromiso de Isabelle se reflejaban en cada una de sus palabras. Había amado locamente a su marido.

Apagó la lámpara del escritorio y se quedó mirando abstraída por la ventana. El atardecer había atraído a los murciélagos y a las golondrinas que en aquel momento surcaban el cielo, cada vez más oscuro.

—Por amor —susurró mientras una solitaria lágrima le resbalaba por una mejilla—. Casarse por amor. ¿Es mucho pedir? ¿Tan difícil es?

La noche no le proporcionó respuesta alguna. Al cabo de un rato, presa de un terrible cansancio, se levantó para acostarse. Con un profundo suspiro, se metió bajo las sábanas y esperó a que llegara el sueño. Pero, a pesar de su agotamiento, no tuvo suerte.

Al día siguiente, durante el desayuno, su padre apenas le dirigió la palabra. Comió en silencio y, sin pronunciar una palabra, fregó su plato y lo dejó en el escurridor.

Frank se disponía a salir por la puerta trasera cuando, como si no pudiera evitarlo, se volvió hacia ella para preguntarle:

—¿Ha tomado ya alguna decisión? Suzanna lo miró con expresión suplicante. Detestaba con todas sus fuerzas aquel ambiente de hostilidad entre ellos.

—Papá, yo...

—No importa. Ya veo que no —y se marchó.

Suzanna soportó durante un día entero en esa situación y otra noche interminable, en la que no durmió casi nada. Su padre apenas le dirigió la palabra en toda la jornada. Y después, mientras yacía despierta en la cama, volvió a pensar en Nash, imaginándose en su jergón del barracón y preguntándose por lo que estaría pensando a su vez. ¿Se había arrepentido ya de su proposición de matrimonio? ¿O permanecería tercamente decidido a hacer lo que consideraba justo y adecuado?

El sábado por la mañana, estaba intentando abrocharse el botón de los téjanos cuando finalmente tuvo que reconocer que le estaban demasiado estrechos. Muy pronto tendría que comprarse ropa premamá.

Hacia otra mañana espléndida, de cielo limpio y despejado, con la promesa de un día caluroso. Suzanna decidió bajar después a Whitehorn, ya que había que llenar la despensa. Pero primero, antes de que hiciera demasiado calor, saldría a montar. Sabía que tendría que ver a Nash, para no trastocar su preciado programa de entrenamientos, pero podría soportarlo.

Se calzó las botas, descolgó su sombrero y se dirigió a las cuerdas, pero Nash no aparecía por ninguna parte. Uno de los mozos le dijo que él y su padre estaban en unos pastos cercanos: habían ido allí a buscar a uno de los potrillos.

No estaba tan lejos como para que no pudiera acercarse a pie. Cinco minutos después, los encontró. Tenían a la yegua y al potro encerrados en un cercado. La yegua, que ya estaba acostumbrada a esas prácticas, había empujado a su asustado retoño hacia una esquina. Frank, con el cabezal en la mano, se había colocado entre el potrillo y la valla del fondo, para bloquear su huida. Nash, por su parte, había agarrado la cabeza del animal con un brazo mientras le sujetaba fuertemente la base de la cola con la otra mano.

Frank no perdió el tiempo y le puso el cabezal. Observándolos, Suzanna pensó que parecía como si llevaran toda la vida trabajando juntos. Su padre, sin soltar el cabezal, estaba acariciando al potrillo, mientras que Nash le hablaba suavemente, en susurros, como intentando tranquilizarlo. El animal alzó entonces la cabeza y relinchó pidiendo ayuda a su madre.

La yegua resopló con fuerza, inquieta.

— Tranquila, chica — murmuró Nash —. No le haremos ningún daño a tu bebé...

La yegua volvió a resoplar, sacudiéndose. Luego les dio la espalda y se alejó unos metros.

Realmente Nash Morgan era un portento con los caballos. Y Suzanna tenía que admitir que con ella se había portado mejor que bien. En la única noche que habían pasado juntos, había desplegado una ternura y un apasionamiento insólitos, que habían convertido su primera vez en algo verdaderamente hermoso. Y dos días atrás, en el arroyo, le había ofrecido refugiarse en sus brazos cuando había estado a punto de devolverle el desayuno encima.

Tampoco había hecho el menor comentario malévolos o burlón cuando ella le anunció que el bebé era suyo. Y luego la había acompañado en su conversación con su padre. Pocos hombres habrían estado dispuestos a hacer algo así. Se había ofrecido a asumir la más completa responsabilidad. A casarse con ella.

Bueno, en realidad, había insistido en hacerlo.

Era un buen hombre.

Sólo entonces se le ocurrió a Suzanna que quizá necesitara algo más que unos nuevos téjanos con la cintura elástica... Quizá necesitara enfrentarse al hecho de que el amor no lo era todo. Antaño había creído amar a Bryan Cummings... y el resultado estaba a la vista.

Ella no era su tatarabuela Isabelle. No era más que Suzanna Brennan, que había cometido varios errores en su vida y ahora estaba obligada a encontrar la mejor manera de arreglar la situación.

Nash Morgan era un buen hombre. Había cosas mucho peores que convertirse en su esposa.

## Capítulo 5

Su padre alzó la mirada y la vio. Nash también miró en su dirección, todo lo que pudo teniendo en cuenta que todavía seguía agarrando al potrillo.

Frank le dijo algo a Nash, y éste se apartó del nervioso animal, dejando que lo sujetara de la rienda. Justo en ese momento, el animal gimió e intentó retroceder.

—¿Podrás? —le preguntó Nash.

—Claro, vete ya —le hizo un gesto de despedida—. El día en que no pueda dominar a un potrillo como éste será el día en que me jubile de este trabajo —el animal tiró del cabezal—. Tranquilo, chico...

Nash salió del cercado y se llevó una mano al sombrero.

—¿Qué puedo hacer por ti, Suzanna?

—Bueno... —se obligó a sonreír—... me estaba preguntando si te apetecería salir a cabalgar un rato conmigo.

—Aceptó.

Les pareció lo más natural del mundo volver al mismo lugar junto al arroyo. Para cuando desmontaron, Suzanna se sentía casi tan nerviosa como aquel primer día.

Pero, de alguna manera, lo consiguió. Se lo dijo.

—He reflexionado sobre tu oferta y he decidido que me casaré contigo —el estómago le dio un vuelco cuando se le ocurrió que quizá él había cambiado de idea—. Er... eso si la oferta aún sigue en pie, claro...

—Así es.

—Vaya —se le escapó una risita nerviosa—. Menos mal. Quiero decir que está bien. Es decir, que...

Dejó de farfullar cuando Nash la agarró de un brazo para acercarla hacia sí. Fue a aterrizar directamente contra su pecho con una ligera exclamación:

—¡Oh!

—¿Quieres que te suelte? —recorrió su rostro con su verde mirada.

Suzanna se ruborizó intensamente.

—Yo... no. No. Es sólo que...

—¿Qué?

—Que estoy nerviosa, supongo —contestó antes de añadir para sus adentros: «Y me gusta tanto estar contigo... Eres exactamente como te recordaba».

—Cuando una mujer acepta la proposición de matrimonio de un hombre, lo normal es que se besen, ¿no?

– Bueno, sí. Quiero decir que se supone que sí, yo... No estaba segura de lo que quería decir. Pero no importaba, porque él ya había bajado la cabeza con la intención de besarla, de manera que ya no tuvo que decir nada más.

En realidad, no quería decir nada más. Aquel hombre besaba maravillosamente bien. La besó de la misma manera que hablaba con los caballos: con una absoluta concentración. Y con respeto también.

Empezó a mordisquearle delicadamente el labio inferior. Suzanna suspiró, entreabrió los labios y él aprovechó para deslizarle la punta de la lengua, pero sólo un poco, tentándola con la perspectiva de introducirla más profundamente en su boca...

Y lo hizo. Exploró su dulce interior con una lengua que sabía exactamente lo que tenía que hacer cuando entraba en la boca de una mujer.

Suzanna soltó otro suspiro y se apretó contra él, allí mismo, a la sombra del álamo. Cuando sintió la presión de su excitación contra su vientre, su cuerpo supo perfectamente lo que necesitaba. Nash continuaba acariciándole la espalda mientras profundizaba el beso.

Oh, sí... lo deseaba. Lo había deseado desde la primera noche en que la abordó en la barra del Fanny Annie's y le preguntó si le apetecía un poco de compañía.

Ella se había vuelto hacia él, lo había mirado a los ojos y de repente toda su tristeza y toda su rabia se habían desvanecido, como si pertenecieran a otra mujer. Se alegró de estar allí, en aquel ruidoso bar lleno de humo. Todo le pareció bien. Un poco alocado, quizá. Pero bien.

Suzanna le acarició también la lengua con la suya, gimiendo ante su contacto, ante su humedad y su calor...

Demasiado pronto, Nash se apartó.

– Sólo un beso – le dijo, como recordándola a ella y a sí mismo que no podían ir más lejos.

– Sí – respiró hondo y soltó lentamente el aire –. Sólo un beso...

Nash todavía la tenía agarrada de los hombros.

– Ese tal Bryan... ¿sigue siendo alguien especial para ti?

– No – no le costó decírselo. Después de todo, era la verdad –. Yo... ahora me he dado cuenta de que no era amor lo que sentía por él. Sólo era...

– ¿Qué?

– ... un sueño que tuve. Un sueño de amor y matrimonio. Un sueño en el que avanzaba hacia al altar con el vestido de novia de mi tatarabuela.

– ¿Lo odias por haberte dejado?

– No. Yo... la verdad es que ahora ya no siento gran cosa por él. Un poco de tristeza y mucha vergüenza por haber elegido tan mal.

Nash la miró... ¿cómo? No lo sabía. Satisfecho, tal vez.

– Bien – seguía agarrándola de los hombros.

– ¿Qué? – le preguntó. De repente volvía a sentirse nerviosa.

– Fueron muchas las cosas que no me dijiste aquella noche. Como por ejemplo tu nombre.

– Tú tampoco me dijiste el tuyo.

– De acuerdo, entonces estamos empatados. Por cierto, ¿cómo es posible que fuera tu primera vez? Me llevé una verdadera sorpresa.

– Bueno, eso no te impidió continuar, ¿verdad?

Nash tuvo la delicadeza de mostrarse un tanto avergonzado.

– Tú no me dijiste que me detuviera. Y yo tampoco quería hacerlo, así que...

– Nash, no pasa nada. Lo que quería decirte es que tú tampoco me facilitaste mucha información aquella noche. No fue una noche para hablar. Nos divertimos mucho. Terminamos haciendo cosas que no debimos hacer. Y la información fundamental nunca llegó a circular...

Te marchaste por la mañana, cuando todavía estaba durmiendo.

– Me pareció... lo mejor.

– Llegué a preguntarme si no lo habría soñado todo.

Al principio se había preguntado si aquella noche había sido real, desde luego. Pero luego, cuando descubrió que estaba embarazada, tuvo que reconocer que lo había sido. Y mucho.

Bajó la mirada a sus botas. Luego alzó el rostro una vez más.

– En cambio, yo para ti no fui ningún sueño, ¿verdad, Nash?

La miró durante largo rato. Hasta que al fin negó lentamente con la cabeza.

– No. Supongo que no.

Su padre los estaba esperando cuando volvieron a la casa.

– ¿Y bien? – les preguntó nada más verlos acercarse.

En un tono formal que le llegó al corazón a Suzanna, Nash respondió:

– Tu hija ha decidido casarse conmigo.

Aquella noche, después de cenar, los tres se dedicaron a abordar los detalles. Frank estaba de un excelente humor.

– Tendrás la boda por todo lo alto que siempre has deseado, Suzanna. Diana vendrá a casa y...

– No, papá – lo interrumpió antes de que pudiera continuar.

– ¿Por qué no? – la miró sorprendido –. Yo creía que una boda así era tu sueño...

—Quizá lo fue. Antes. Pero ahora ya estoy cansada de ese tipo de tonterías. Y no quiero obligar a Diana a venir sólo por ese motivo. Quiero que sea una ceremonia sencilla. Y rápida.

Frank miró a Nash, que se limitó a encogerse de hombros.

—Supongo que Suzanna sabrá lo que quiere.

—Una bonita luna de miel, entonces —insistió Frank—. Yo os la pago. ¿Qué os parece? Dos semanas, donde queráis.

Esa vez la objeción fue unánime, de los dos.

—Escucha, Frank, muchas gracias, pero yo me pagaré mi luna de miel.

Y Suzanna añadió:

—Yo no quiero darle tanta importancia a esto, papá —se volvió para lanzar una mirada interrogante a su futuro marido—. Yo solamente había pensado en unos pocos días.

—Lo que quieras.

—Y en algún lugar cercano —agregó Suzanna—. Dado que será corta...

Nash volvió a encogerse de hombros.

—Tengo un amigo que tiene un *bed and breakfast* en Buffalo, Wyoming.

Suzanna había estado en Buffalo y la recordaba como una población pequeña y agradable.

—A mí me parece bien.

—De acuerdo. Wyoming entonces —concluyó Nash.

—Podemos hacernos las pruebas de sangre esta semana, y casarnos en el juzgado del condado el viernes que viene. Nos quedaremos en Buffalo hasta el martes. Así estaremos de vuelta en el rancho antes de que Frank se marche a la feria de caballos de Gillette.

—Tomaos vuestro tiempo —les sugirió Frank—. Este año puedo saltarme la feria.

—No hay ninguna necesidad —repuso Nash—. Volveremos el martes.

Seguía mirando a Suzanna. No era una mirada fría... pero tampoco cálida.

—¿De acuerdo?

Parecía tan distante de pronto... nada que ver con el tierno amante que la había besado a la orilla del arroyo, aquella misma tarde. Se preguntó si algo le habría molestado y decidió que ya se lo preguntaría después.

—Sí —respondió con tono ligero—. De acuerdo.

Acto seguido, su padre anunció que tenía intención de cederle a Nash una parte del rancho. El año anterior, cuando Suzanna cumplió los veintiuno, Frank Brennan fue al pueblo a hablar con su abogado. Ese día lo dispuso todo para quedarse con la mitad del Big Sky y repartir la otra mitad entre sus dos hijas. Ahora que Nash iba a

entrar a formar parte de la familia, Frank parecía haber decidido dividir su propia mitad a medias con su nuevo yerno.

– Veremos al abogado esta semana – declaró, todo contento –. Lo haremos cuando bajéis a haceros los análisis de sangre y...

Pero Nash se opuso antes de que Frank pudiera terminar la frase.

– No pienso aceptar la tierra de otro hombre... ni siquiera aunque me case con su hija.

– Pero, hijo, ahora vas a formar parte de la familia y...

– Olvídalo, Frank. Hasta ahora, todo lo que poseo me lo he ganado trabajando, y pienso seguir así. Si en algún momento decido que quiero una parte de tu rancho, te la compraré. No aceptaré que me la entregues como regalo de boda.

Su padre intentó hacerle entrar en razón, pero Nash no cedió. Ante aquella demostración de integridad moral, Suzanna no supo si sentirse emocionada... o preocupada. Sabía que Nash era un hombre honesto. Y un hombre honesto bien podía resistirse a aceptar un pedazo de la tierra de su suegro si tenía sus dudas sobre la duración de su matrimonio.

Poco después, Frank los dejó a solas. Salieron al porche, y Suzanna se sentó en el banco de columpio. Nash permaneció de pie, frente a la barandilla.

Se impulsaba ligeramente con los pies, rozando el suelo de tabla y haciendo chirriar la cadena del columpio. A lo lejos, un coyote aullaba a la luna nueva, que parecía colgar de una estrella en el cielo azul índigo. En un pastizal cercano, una de las yeguas soltó un relincho nervioso en respuesta.

– ¿Qué edad tienes, Nash? – le preguntó.

– Treinta y uno. ¿Y tú?

– Veintidós – el columpio continuó chirriando, rítmicamente –. Extraño, ¿verdad? Dentro de menos de una semana estaremos casados, y ahora mismo acabo de enterarme de los años que tienes.

– En realidad no es tan extraño. Dadas las circunstancias, claro.

Suzanna tragó saliva.

– Ya, supongo que tienes razón. Tú... ¿alguna vez has tenido el impulso de establecerte, de sentar la cabeza?

No contestó de inmediato. Con el estómago encogido, Suzanna se sorprendió a sí misma esperando que le dijera algo como: «No, y para ser te sincero, tampoco ahora siento ese impulso».

Pero no lo hizo. Sencillamente respondió:

– Nunca he estado casado. Ni tampoco cerca de hacerlo.

Se le secaron los labios. Los apretó con fuerza.

– ¿Por qué no?

A la luz de la lámpara del porche, los ojos de Nash eran oscuros como el fondo de un pozo.

—¿Por qué me preguntas eso, Suzanna?

Se ruborizó visiblemente, como si la hubieran sorprendido curioseando en la vida privada de otra persona. Pero Nash iba a convertirse en su marido, ¿no? ¿Y acaso su vida privada no iba a ser también la suya?

—Yo... quiero saber más sobre ti, eso es todo.

—Quieres saber la historia de mi vida, ¿verdad?

Su tono era amable, como siempre, pero ella creyó detectar un fondo de sarcasmo.

—Sí —respondió francamente—, quiero saber todo lo que tú estés dispuesto a contarme.

—De acuerdo —pronunció al cabo de otro incómodo silencio, y empezó a desgranar la información, telegráficamente—: Nací en Laramie. Mi padre murió cuando yo tenía siete años. Tenía diez cuando mi madre se volvió a casar. No me llevaba bien con mi padrastro. Tenía muy mal carácter y una correa de cuero que solía utilizar conmigo, regularmente. No llegué a graduarme en el instituto, lo dejé con diecisiete años, cuando estaba empezando el último curso. Fue entonces cuando murió mi madre. Después de aquello ya no tenía mucho sentido que siguiera en casa, así que me largué.

Suzanna lo escuchaba con atención, impresionada.

—Estuve trabajando de rancho en rancho, como mozo, hasta que descubrí que tenía una especie de don con los caballos. Llevo ocho años como preparador y he llegado a un punto en que puedo pedir unos honorarios ciertamente altos por mis servicios. Tengo una camioneta, dos buenas sillas de montar y un remolque de caballos vacío. Y cincuenta mil dólares en una cuenta de Billings, esperando el día en que pueda comprarme mi propio rancho —rió sin humor—. Ese es mi sueño, aunque con cincuenta mil dólares no llegaría muy lejos. No en el negocio de los ranchos. A veces, tengo que admitirlo, mi sueño tiene tantas posibilidades de hacerse realidad como que una preciosa universitaria aparezca una buena noche en un bar de carretera y acabe pasando la noche conmigo.

Si Suzanna antes se había ruborizado, en ese momento estaba roja como la grana. Nash la estaba observando, taladrándola con la mirada.

—¿Por qué me escogiste a mí aquella noche, Suzanna? Sentía vergüenza de decírselo... pero era justo que le revelara sus propios secretos después de todo lo que acababa de decirle él.

—Yo... te miré y de pronto me olvidé de mi tristeza, de lo mal que me sentía... Aquella noche, me olvidé de todo lo que no fuera estar contigo.

La mirada de Nash se había suavizado, y su tono también, cuando repuso:

—No es un mal comienzo, supongo. Suzanna asintió con la cabeza. Luego se atrevió a preguntarle, en un impulso:

– Si quieres tener tu propio rancho, ¿por qué no aceptaste la oferta que te hizo mi padre?

Pudo ver que tensaba los hombros y que su expresión perdía repentinamente la suavidad anterior.

– Creía que me había explicado bien.

– Desde luego que sí: porque todo lo que posees te lo has ganado trabajando, y quieres seguir así.

Pero... ¿era esa la única razón?

– Es razón suficiente.

– Me pareció que estabas molesto por algo mientras estuvimos hablando de la boda, de la luna de miel y de todo lo demás.

Esperó. Nash solamente la miraba, con expresión inescrutable una vez más. Se preguntó por lo que sentía hacia ese hombre. En su compañía, sentía como una especie de zumbido o murmullo interior, como una deliciosa sensación de espera, de expectación, algo que nunca antes había experimentado con ningún otro hombre. «Excitación» probablemente sería la palabra adecuada.

Sí, se sentía excitada. Y, al mismo tiempo, segura y confiada, como si lo conociera hasta el fondo de su alma, cuando no lo conocía en absoluto...

Aquello era absolutamente desconcertante.

– Si dije algo que te ofendió mientras hablábamos de la boda...

– Dijiste lo que querías, ¿no? – se acercó –. Lo que estás dispuesta a hacer. Una ceremonia básica, nada complicada. Y después un corto viaje a Wyoming.

Suzanna detuvo el columpio y se lo quedó mirando. La noche entera parecía haberse quedado suspensa, paralizada, pendiente de su respuesta.

– Yo... sí. Una boda sencilla. Y lo del viaje a Wyoming está bien.

– Pues eso es lo que tendrás – le tendió la mano.

Suzanna la aceptó. Para su sorpresa, Nash tiró de ella y la acercó hacia sí.

La besó, estrechándola en sus brazos, de manera que la hizo olvidarse de todo excepto de la sensación de su cuerpo contra el suyo.

Hasta que de repente la soltó.

– Buenas noches, Suzanna – bajó los escalones del porche y atravesó el patio. Segundos después se desvanecía entre las sombras.

Se quedó allí, observándolo, hasta que lo perdió de vista. Luego volvió a sentarse en el columpio.

Poco después entró en la casa para llamar a Diana. Le contó a su hermana mayor la verdad: que se había quedado embarazada la misma noche del día en que Bryan Cummings la plantó en el altar. Que iba a casarse con el padre del bebé que,

casualmente, había resultado ser el nuevo preparador de caballos que tanto había impresionado a su padre.

Diana se ofreció inmediatamente a volver a casa para asistir a la boda, pero Suzanna se negó. Su hermana mayor intentó discutir, pero ella se mantuvo firme. No sería más que una sencilla ceremonia legal, al fin y al cabo. Algo sin importancia. Y luego se marcharía con Nash a pasar unos pocos días fuera.

—Sabes que volveré en cuanto me lo pidas. Y Suzanna le respondió que sí, por supuesto, que lo sabía. Y que estaba bien. Que no tenía motivos para preocuparse.

Nada más colgar el teléfono, se sintió triste. Realmente habría sido bonito tener a Diana allí, el día de su boda. Descolgó de nuevo el auricular.

Pero volvió a colgarlo antes de marcar el número. Al fin y al cabo, Diana tenía su propia vida. Y ella ya era una mujer adulta. Necesitaba dejarse de estúpidos sentimentalismos. Ya se había traído a su hermana a casa para hacer de dama de honor, una vez en ese año. Era suficiente. Esa vez, la ceremonia sería muy corta. Un «sí, quiero», un beso y una sencilla alianza de oro. No sería para tanto.

No tendría necesidad alguna de dama de honor.

## Capítulo 6

Se casaron tal y como habían acordado, la mañana del viernes siguiente, en una sencilla ceremonia civil. Su padre y otro preparador de caballos hicieron de testigos. Comieron después en el mejor restaurante de Whitehorn, el State Street Grill. Luego Suzanna subió a la camioneta de Nash y partieron para Wyoming.

Buffalo era una población encantadora. A Suzanna le recordó a Whitehorn, con sus numerosos y pintorescos edificios de ladrillo en su ancha calle principal y un fondo de altas y escarpadas montañas. La pelusa de los álamos flotaba en el aire y las praderas se extendían interminables, conservando todavía el color verde de la primavera.

Nada más verla, le encantó la posada Clear Creek. Era tan antigua como la casa en la que se había criado, con sus altos techos y amplias habitaciones. Su anfitriona, amiga de Nash, los recibió en el salón principal. Emma Marie Lawrence era una atractiva pelirroja de unos cuarenta años, que enseguida le pidió a Suzanna que la tuteara y sonrió con expresión cariñosa a Nash... quizá demasiado cariñosa.

–Vamos, os enseñaré la habitación que he reservado especialmente para vuestra luna de miel.

Impresionada por la gran cama de dosel, Suzanna permaneció indecisa en el umbral después de que Marie los hubiera dejado solos.

–Parece una mujer... muy simpática.

Nash dejó las maletas al pie del armario de caoba de la pared del fondo y se volvió para mirarla. Suzanna fingió una tosecilla.

–¡Ejem! ¿Cómo... os conocisteis?

Nash se echó a reír.

–Ay, Suzanna... Me temo que has escuchado demasiadas canciones de Garth Brooks.

–¿Qué se supone que quiere decir eso?

Nash llevaba unos téjanos nuevos, color verde olivo, y botas de vestir, relucientes. Mirándola, se enganchó un pulgar en el bolsillo en una típica pose vaquera. Y típica pose insolente, también.

–Marie es una amiga... y nada más. Trabajé para ella y para su marido poco antes de que muriera. Poseían un rancho de ganado a unos treinta kilómetros del pueblo.

Suzanna se puso a jugar nerviosa con la alianza de oro. La sentía tan nueva... Nueva, pero no extraña del todo. Sabía que se acostumbraría a llevarla fácilmente. Le sorprendió de nuevo lo poco que sabía del hombre con quien acababa de casarse. Había tenido una vida difícil: eso resultaba evidente después de lo que le había contado la otra noche. Y, sin embargo, conservaba aquel fondo de ternura, aquella delicadeza natural...

—A ti... realmente te gustan las mujeres, ¿verdad? —la pregunta escapó de sus labios antes de que se diera cuenta de que no era eso exactamente lo que había querido decir. Se apresuró a corregirse —: Quiero decir que se te dan bien...

Nash se echó a reír de nuevo.

—Creo que no era tu intención, pero acabas de soltarme un cumplido.

—Supongo que sí...

—¿Es posible que tu verdadera intención fuera preguntarme cuántas mujeres ha habido en mi vida? —le preguntó a su vez con tono suave.

Suzanna enrojeció tanto como la moqueta grana de la habitación.

—Más de una —añadió. No se rió esa vez, pero Suzanna pudo percibir la risa en su voz —. Y menos de cien. ¿Te agrada la respuesta?

Suzanna alzó la cabeza. Seguía tan ruborizada como antes.

—No es muy precisa.

—Te diré una cosa: siempre me he tomado muy en serio todas las promesas que he hecho —la miró con expresión casi solemne—. Hoy te he prometido que te sería fiel, y lo seré. Y tú... ¿me vas a ser fiel?

Aunque sabía que era absurdo, se sintió vagamente molesta por la pregunta. Como si le ofendiera que se la hubiera hecho.

—Por supuesto que sí.

—¿Estás segura? Al fin y al cabo, yo soy el primer y único hombre con quien has tenido relaciones... hasta el momento. Quizá termines arrepintiéndote de no haber tenido más experiencias antes...

—No me arrepentiré. Al menos por lo que tú estás insinuando.

—¿Y qué estoy insinuando?

Su sinceridad estaba empezando a irritar a Suzanna.

—No es justo.

—Has empezado tú. ¿Y por qué no habrías de sentirte atraída por otros hombres? Tú dijiste que no estabas enamorada de mí.

Por un momento desvió la mirada del extraño brillo que había distinguido en sus ojos. Pero luego se obligó a encararlo.

—¿Por qué habría de querer que me tocara otro hombre... visto lo ocurrido la noche que pasamos juntos?

Para delicia de Suzanna, Nash esbozó una lenta sonrisa.

—Te gustó aquella noche, ¿verdad?

—Sí —se estaba excitando por momentos—. Mucho.

Nash miró entonces la cama de dosel.

—Una cama grande y bonita.

—Er... sí — fingió otra tosecilla.

—¿Te pasa algo en la garganta? — se acercó a ella —. Déjame mirártela.

De repente, dos instintos contradictorios empezaron a batallar en su interior: el de correr a lanzarse a sus brazos y el de retroceder hacia la puerta. No cedió a ninguno de los dos y se quedó donde estaba.

—No tengo nada en la garganta.

—Bueno, mejor —la atrajo hacia sí. Deslizando un dedo bajo su barbilla, la obligó suavemente a alzar la cabeza—. ¿Te importaría que te besara?

La respuesta no era difícil.

—Claro que no.

Y la besó con exquisita ternura. Suzanna pudo sentir su sonrisa bajo sus labios, y sonrió.

Continuó besándola durante un buen rato. Fue maravilloso. Y a Suzanna le pareció perfectamente natural que empezara a desnudarla al mismo tiempo. Lentamente le fue desabrochando los botones del vestido. Luego se lo deslizó por los hombros, hasta que cayó al suelo.

Suzanna se hizo a un lado, para salir del vestido, y él la siguió sin dejar de besarla al tiempo que le bajaba los tirantes de la combinación. Ella le devolvió los besos, ansiosa, mientras terminaba de despojarse de la prenda.

Lo siguiente que hizo fue descalzarse. El corazón le latía a toda velocidad ante la promesa del placer que se avecinaba. Casarse con un hombre que sabía besar tan bien tenía definitivamente sus ventajas, pensó mientras Nash le desabrochaba el sostén. Tuvo que interrumpir el beso para quitarse la braga.

Nada más lanzar la prenda a un lado, Nash se dedicó a mirarla. Le gustaba que la mirara así. Lo había hecho aquella noche, y tampoco entonces le había molestado. Por supuesto, en aquel entonces la habitación había estado bañada en sombras. En ese momento, en cambio, el sol se filtraba por las cortinas de las altas ventanas.

Pero no le importaba. Estar desnuda frente a él le parecía algo perfectamente natural.

Nash le acarició un seno con el dorso del dedo índice. El pezón se endureció al instante. Acto seguido, bajó la mano hasta su vientre.

—Se nota ya la redondez.

Suzanna bajó la mirada a su mano y se la cubrió con la suya, pensando en el bebé. La mano de su madre y la de su padre encima... ¿Podría sentir aquello la criatura que llevaba en sus entrañas? ¿Era posible que...?

Alzó de nuevo la vista.

—Te brillan los ojos — observó él.

—Es que me he emocionado. Llevo una vida dentro de mí. Y todo el mundo que debería saberlo... ya lo sabe. Ya no tengo por qué sentirme triste, ni preocupada. Ya puedo...

La tomó de la nuca con su mano libre, bajo la cortina de su pelo.

—¿Ya puedes qué?

—Bueno, ya puedo seguir viviendo, supongo. Mirar hacia delante.

Empezó a masajearle suavemente el cuello, arrancándole un suspiro.

—¿Y eso es bueno?

—Sí. Es maravilloso.

Nash le acarició una mejilla y le rozó los labios con un dedo. Suzanna abrió la boca y se lo lamió, sensual.

Con un gruñido, Nash volvió a estrecharla en sus brazos. Alzándola en vilo, la llevó a la cama.

La tumbó cuidadosamente en el lecho, como si fuera la más frágil de las mujeres. Luego se apartó para quitarse la ropa.

Una vez desnudo, se reunió con ella. Le besó los senos y el vientre... y continuó descendiendo. Después de separar con exquisita delicadeza los húmedos pliegues de su sexo, la besó allí mismo, en el lugar más íntimo de su cuerpo. Lenta y suavemente al principio, pero luego con mayor profundidad, hasta que Suzanna empezó a gemir y a retorcerse bajo las sábanas.

No tardó en alcanzar el orgasmo. Oleadas de placer la barrieron por dentro, un placer tan puro y limpio como un arroyo de montaña. Agarrándola de las caderas, Nash prosiguió todavía durante unos minutos con su interminable beso.

Luego entró en ella. Al principio se movía con lentitud y suavidad, con sus grandes y fuertes manos apoyadas a cada lado de su cabeza. La miraba en todo su momento, con sus ojos verdes como el mar, llenos de luz y de color.

Una vez más Suzanna se acercó al clímax, y se arqueó contra él, frenética. Nash aceleró el ritmo. Ella enredó las piernas en sus estrechas caderas y lo atrajo con fuerza hacia sí, para alcanzar el orgasmo en el preciso momento en que lo hizo él. Gritaron juntos, saciados a la vez.

«Te quiero. Te quiero, Nash». Las palabras acudieron solas a su mente y resonaron allí, insistentes.

Pero, por supuesto, no llegó a pronunciarlas. Ya no era la chica tonta y romántica de antaño. Lo deseaba, le encantaba hacer el amor con él. Iban a tener un bebé. Y él se había casado con ella porque era un hombre bueno y responsable.

Pero el amor era otra cosa. El amor necesitaba tiempo para crecer. Después de lo que le había sucedido con Bryan, había aprendido la lección. Una mujer podía engañarse con demasiada facilidad y creer que amaba a un hombre cuando en realidad no era así.

Poco después, se bañaron, se vistieron y salieron a dar un largo paseo por el camino de Clear Creek, que atravesaba el pueblo. Añejos arces y sauces daban sombra al sendero. Mientras caminaban, Nash le habló del futuro. Le dijo que Frank y él pensaban mejorar la ya sólida reputación del Big Sky. Pretendían hacer algunos cambios en el programa de crianza, ampliando los criterios de selección de las yeguas que utilizaban. Y planeaban comprar unos cuantos sementales de la máxima calidad.

Con Nash supervisando los entrenamientos, Frank confiaba en inscribir más caballos suyos en las ferias anuales y en las competiciones de rodeo.

—Queremos que el rancho sea conocido por criar y preparar algo más que buenos caballos para trabajar con el ganado. Nuestro sueño es convertir nuestras cuadras es las mejores de toda la región.

Suzanna lo escuchaba pensando durante todo el tiempo que quizá sus temores habían sido infundados, después de todo. Hasta el momento, Nash habría podido ser el clásico vaquero que se pasaba la vida viajando de rancho en rancho. En realidad, parecía un hombre contento de estar donde estaba, sin que tuviera la menor intención de marcharse. Cuánto más lo escuchaba, más animada y optimista se sentía al respecto.

Comieron en un bonito restaurante de la calle principal. Empezaron a hablar de dinero: lo que costaría comprar los sementales, el presupuesto que tenían y lo que tendrían que pedir prestado. Desde que se hacía cargo de los libros de contabilidad, Suzanna tenía una idea bastante exacta de las cantidades que iban a necesitar.

Se le aceleró el corazón cuando él le comentó que sabía dónde podrían conseguir fácilmente cincuenta mil dólares.

—No será suficiente, pero ayudará, ¿verdad?

—Desde luego —respondió, contenta, pensando que su disposición a invertir los ahorros de toda una vida era la mejor prueba de que estaba dispuesto a sentar la cabeza... en el Big Sky, con ella y con su bebé.

En los postres, Nash le preguntó si le había gustado su experiencia universitaria en California.

—Te diré una cosa: siempre supe que volvería a casa —al ver que se la quedaba mirando con curiosidad, inquirió—: ¿Se puede saber qué significa esa mirada?

—Nos lo estamos pasando muy bien —se encogió de hombros—. Simplemente no quería arruinar el momento haciendo la pregunta equivocada.

—Adelante, suéltala. Podré soportarla, cualquiera que sea.

Pareció dudar, pero al fin se lo dijo.

—Sólo me estaba preguntando por lo que pensaba ese novio tuyo de tu rancho de caballos.

—¿De veras? —arrugó la nariz.

—Sí, de veras.

—Está bien, te lo contaré. Bryan Cummings no sabía una sola palabra sobre el negocio del rancho. Y tampoco quería saber nada.

—¿Entonces por qué querías casarte con él?

Jugueteó con su cucharilla mientras removía el té que le había traído la camarera, aunque para entonces ya se le había enfriado.

—Para ser vergonzantemente sincera, no había pensado en mucho más aparte de la boda y la luna de miel. Bryan tenía un trabajo esperándolo en San Francisco. Yo iba a mudarme con él. Pero de alguna manera estaba segura de que al final terminaría convenciéndolo de que se viniera a Montana conmigo —dejó cuidadosamente la cucharilla en el plato—. Qué tontería, ¿verdad?

Nash no dijo nada: sólo se la quedó mirando con expresión perpleja.

—El caso es que lo mejor que Bryan Cummings hizo por mí... —añadió ella— fue salir corriendo y enrolarse en el Peace Corps el día de nuestra boda.

Una sonrisa bailó en los labios de Nash.

—Pero en el momento no pensaste eso.

Suzanna alzó la barbilla.

—No, desde luego que no. En aquel entonces... estaba un poco loca.

—Y que lo digas —le tomó una mano por encima de la mesa—. Lo suficiente para elegir a un pobre y desgraciado vaquero para pasar la noche con él.

—Perdona, pero... —capturó su pulgar y se lo apretó— ese vaquero no era ningún desgraciado. Era mi futuro marido.

Rieron juntos, y Suzanna supo con absoluta certeza que todo terminaría saliendo bien. Era feliz en aquel instante. Más de lo que lo había sido en mucho tiempo.

Quizá, pensó, nunca en toda su vida había sido tan feliz. Porque nunca antes había experimentado aquella maravillosa sensación de plenitud, con su bebé yaciendo plácidamente justo debajo de su corazón y la risa de su marido resonando en sus oídos.

A eso de las diez volvieron a la posada de Clear Creek. Suzanna acababa de cerrar la puerta cuando él la abrazó por detrás y empezó a besarla y a quitarle la ropa.

Ella le devolvió los besos y se concentró a su vez en desabrocharle la camisa, riéndose de su apresuramiento. Apenas se había quitado las botas y los téjanos cuando la alzó en vilo y entró en ella. Su cuerpo no opuso la menor resistencia. Estaba húmeda, dispuesta para él.

Se aferró a sus anchos hombros y echó la cabeza hacia atrás, gimiendo. Nash le cubrió el cuello de besos, se lo lamió y chupó mientras retrocedía hacia la cama.

Una vez en el lecho, se sentó con ella en el regazo, rodeándole las caderas con las piernas. Era una sensación tan maravillosa que Suzanna no pudo evitar gritar.

Quizá fue un grito demasiado alto, porque Nash le puso una mano en la boca mientras oleadas de placer empezaban a barrerla por dentro.

Cuando terminó, ella le devolvió el favor... y tuvo que acallararlo a besos, porque sus gritos amenazaban con tirar la casa abajo. Finalmente, se derrumbaron sobre la cama, riéndose como dos niños traviesos.

Se quedaron dormidos poco después de medianoche, abrazados. El último pensamiento de Suzanna antes de dormirse fue que no sabía dónde terminaba su cuerpo y dónde empezaba el de Nash.

Los tres días siguientes fueron como un pedazo de cielo, un paraíso en la tierra. Exploraron los alrededores juntos, disfrutaron de la enorme piscina rodeada de árboles, la mayor de Wyoming, según decían. Visitaron el museo Jim Gatchell y el histórico Hotel Occidental... Charlaron y rieron. Hicieron el amor a la menor oportunidad. Cada noche se dormían abrazados: ¡cómo le gustaba eso a Suzanna! Quedarse dormida en el regazo de Nash, y luego despertarse a medias antes del amanecer, sintiendo su ancho y cálido pecho contra su espalda...

En momentos así se sentía tan cerca de él... Como si hubieran dormido así durante años y años. Como si fueran una veterana pareja de casados, durmiendo en la gran cama de dosel. Siempre terminaba volviéndose a dormir con una sonrisa en los labios.

El lunes por la noche, la última de su corta luna de miel, se quedaron despiertos hasta muy tarde, haciendo el amor. Cuando finalmente los venció el sueño, eran más de las dos.

Suzanna se despertó algunas horas después para sentir... su ausencia.

Nash había abandonado la cama.

Abrió los ojos y se sentó. Nash estaba de pie ante la ventana, contemplando la noche.

—¿Nash? ¿Qué pasa?

Se volvió hacia ella, con los músculos de sus poderosos hombros bañados por la luz de la luna.

—Nada —su tono era opaco, carente de emoción. Como el que utilizó la noche en que planearon su matrimonio, cuando Suzanna percibió que algo le inquietaba y preocupaba, aunque él mismo lo negó después.

No podía ver sus ojos, que quedaban en sombras. De repente le pareció un extraño, un desconocido que se hubiera deslizado en su habitación. Habría podido encender la lámpara, pero algo la contuvo de hacerlo: la sensación de que Nash buscaba precisamente la oscuridad y que demasiada luz sólo conseguiría alejarlo de su lado.

Esperó, ansiosa de que se reuniera con ella. Al ver que se quedaba donde estaba, no pudo soportarlo y estiró una mano.

Sólo entonces regresó. Le tomó la mano y se sentó a su lado en la cama. Al menos ahora podía verle los ojos.

—Es bueno... esto que está pasando entre nosotros. «Es mucho mejor que bueno», pensó ella.

—Sí.

—¿Realmente crees que durará? —Nash intentó adoptar un tono despreocupado, pero lo traicionó la intensidad de su mirada.

Suzanna se tomó su tiempo para responder. De repente le pareció de vital importancia darle una respuesta meditada.

Pero Nash volvió a hablar antes de que ella pudiera encontrar las palabras.

—En mi experiencia, nada dura tanto. Míranos a nosotros, la primera noche. Fue muy buena, ¿verdad?

Ella asintió.

—Pero luego, cuando me desperté por la mañana... tú te habías ido.

Suzanna tragó saliva y se humedeció los labios.

—Nash, yo pensé que entenderías lo confundida y desorientada que me sentí aquella noche.

—Lo entiendo. No te estoy culpando. Sólo estaba recordando que tú te marchaste.

—Pero ahora no pienso irme a ninguna parte. Estamos casados.

—Un matrimonio es una promesa —la miró con expresión triste. Y a veces las promesas, incluso las que se hacen con la mejor intención del mundo, se rompen. Cuando mi padre biológico murió, recuerdo que mi madre me dijo que no debía preocuparme. Me prometió que cuidaría de mí. Y yo la creí. Sabía que me quería mucho y que nunca haría nada que me supusiera el menor daño. Pero al final se casó con mi padrastro, y no cuidó bien de mí, después de todo. Ese hombre era un perverso. Y ella jamás se atrevió a hacerle frente, ni siquiera por mí.

—Oh, Nash, lo siento tanto... —le puso la otra mano en el hombro. Todavía resultaban visibles en su piel las finas líneas de unas cicatrices, las huellas de la correa de su padrastro. Podía sentir las bajo las yemas de sus dedos.

Nash se apartó lentamente, en un suave pero firme rechazo de su compasión. Pero ella no le soltó la mano. Se la apretó con mayor fuerza que antes.

—Yo no romperé la promesa que te hice, Nash. Y sé que podemos hacer que nuestra relación dure si nos mantenemos juntos, si nos esforzamos por ser sinceros el uno con el otro, por construirnos una vida buena y sincera.

El bajó la mirada a sus manos entrelazadas.

—Una vida buena y sincera —alzó la mirada—. Suena sólido.

—Yo creo que podríamos conseguirlo.

—¿Crees que lo que tenemos es sólido?

—Creo que podría serlo.

– Tú sólo tienes veintidós años. Tienes una educación universitaria y procedes de una buena familia. Si yo no me hubiera olvidado de ponerme un preservativo aquella última vez, tú nunca...

– Nash... – alzó la otra mano para retirarle un mechón de cabello de la frente.

– ¿Qué?

«Te amo». Otra vez le había venido a la cabeza aquella frase. Pero... ¿acaso no resultaba demasiado fácil pronunciar aquellas tres palabras?

Necesitaba tiempo para asegurarse de que esas palabras eran ciertas. Para ganarse el derecho a decírselas.

– Estamos casados – le dijo. –. Y yo quiero que nuestro matrimonio funcione, de verdad.

Nash le apretó la mano. Por un instante, le brillaron los ojos.

– De acuerdo – se la quedó mirando durante un buen rato. Luego se inclinó y la besó. Un beso que empezó dulce y que rápidamente se tornó hambriento.

Ninguno de ellos volvió a hablar. Nash se metió bajo las sábanas con ella y volvió a hacerle el amor.

Y después, cuando Suzanna se preguntó por lo que había ido mal, no pudo evitar pensar que, fuera lo que fuera, había empezado justo en aquel momento. Cuando se despertó para encontrarlo de pie frente a la ventana, y no supo qué hacer para despejar las dudas que lo acosaban.

## Capítulo 7

Al día siguiente, después de comer, pusieron rumbo a casa. Nash permaneció callado durante todo el trayecto, pero Suzanna tampoco estaba de humor para hablar. Después de lo poco que habían dormido, se sentía cansada... y un poco triste, también. La luna de miel había sido encantadora: era una lástima que hubiera terminado tan pronto. No le habría importado contar con algo más de tiempo para los dos, tiempo para despejar las dudas que la habían acosado la noche anterior.

En casa, el rancho les impondría sus obligaciones. Tendrían las noches para ellos, sin embargo. De repente, sorprendida, se descubrió celosa. Celosa de las horas que no podrían estar juntos... Lo cual era algo estúpido e infantil. Tenían un rancho del que ocuparse, por el amor de Dios. Por desgracia, la vida no era una luna de miel.

Debió de suspirar o hacer algo para traicionar su melancólico humor, porque Nash se volvió para mirarla preocupado:

—¿Estás bien?

—Sí —sonrió débilmente—. Algo cansada, supongo.

—Quizá deberías llamar al doctor Winters cuando lleguemos al rancho.

—¿Para qué? Ya sabes que me vio la semana pasada. Me dijo que todo marchaba bien.

Nash la había acompañado en su primera visita al médico, el mismo día en que se hicieron los análisis de sangre.

—Pero si te sientes mal...

—Nash, no me siento mal. De hecho, llevo días sintiéndome perfectamente —era verdad. Las náuseas matutinas que la habían torturado durante cerca de un mes ya habían desaparecido—. Sólo me encuentro un poquito cansada —«y triste de que nuestra luna de miel haya terminado», añadió para sus adentros—. Lo que necesito es dormir una buena siesta, no ir al médico.

—Aun así, yo creo que deberías...

—Ya te he dicho que estoy bien.

No había tenido intención de ser tan brusca. Le había salido automáticamente aquella respuesta, furiosa a impaciente. Nash volvió a clavar la mirada en la carretera.

—Lo siento —se disculpó ella.

—¿Por qué?

—No debería haberte respondido así.

Nash se encogió de hombros y le dijo que no se preocupara, pero no volvió a abrir la boca durante el resto del viaje.

Cuando llegaron al rancho, él insistió en que subiera a su habitación para dormir la siesta que tanto necesitaba.

Suzanna no discutió. Lo de la siesta le parecía una excelente idea, aunque lo habría sido más si su marido se hubiera ofrecido a dormirla con ella...

—Lo haré si tú me acompañas.

Nash negó con la cabeza.

—Será mejor que salga a buscar a Frank. Lo mismo necesita ayuda con algo.

Suzanna sabía que tenía razón, por supuesto. Además del trabajo con los caballos, siempre había alguna valla necesitada de reparación. Por no hablar de los campos de heno o del cuidado del ganado. No tenían muchas cabezas, pero sí las necesarias. No se podía entrenar un buen caballo para trabajar con las vacas sin ganado para que el animal practicara.

—Oh, está bien —suspiró, resignada. Pensó en el dormitorio que habían compartido en la posada de Clear Creek y tuvo que reprimir otro suspiro de nostalgia. Nash subió con ella a su nuevo dormitorio de matrimonio, que antaño había pertenecido a Diana. Era algo mayor que el de Suzanna, y contaba también con un cuarto de baño. La semana anterior, antes de la boda, Nash y Frank habían trasladado la gran cama de su cuarto junto con la cómoda y otra más para Nash.

Suzanna se quitó los zapatos, se estiró en la cama y observó a su marido mientras se cambiaba de ropa. Antes de marcharse, Nash se acercó para inclinarse y darle un beso en la frente.

—Al menos podías darme un beso de verdad, dado que insistes tanto en dejarme sola —rezongó.

Nash se echó a reír. Era quizá la primera vez que lo hacía en todo el día.

—Un beso de verdad, ¿eh?

—Eso es. En los labios. Como si te gustara.

Así lo hizo.

—Y ahora descansa. No te preocupes por la cena. Frank y yo nos arreglaremos —le dijo antes de salir.

—Te advierto de que no pienso quedarme durmiendo hasta la hora de la cena. Pienso prepararla. Y tú te la comerás.

Nash volvió a sonreír.

—Sí, señora —y se marchó.

Suzanna cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, eran más de las cinco y se sentía rejuvenecida. Bajó a la cocina y sacó unos filetes de la nevera. Su padre y Frank volvieron poco después de las seis, ambos cubiertos de barro de la cabeza a los pies después de haber tenido que sacar a un toro de una charca de los pastos del sur. Suzanna los mandó a duchar y mientras tanto puso la mesa. Frank les preguntó si habían disfrutado de su estancia en Buffalo.

Cuando Suzanna le habló de la belleza del paisaje de Wyoming y de la cómoda y hogareña posada de Clear Creek, Frank se sonrió, divertido.

– Vaya, parece que os lo habéis pasado realmente bien...

Suzanna se ruborizó como una colegiala. Lanzó una mirada a Nash, que afirmó tranquilamente:

– Y que lo digas.

– Bueno, me alegro de oír eso –repuso Frank con tono grave, los ojos brillantes.

Suzanna recogió su tenedor y procuró concentrarse en su filete. Como siempre, la conversación no tardó en derivar hacia el tema de los caballos.

Después de cenar, Nash y Frank salieron a revisar el programa de entrenamiento juntos.

Suzanna no supo a qué hora regresó su padre, pero Nash no apareció hasta pasadas las once. Ya estaba en la cama. Cuando oyó abrirse lentamente la puerta del dormitorio, encendió la lámpara. Su marido estaba en el umbral, con las botas en la mano.

– Er... lo siento. Creía que estabas dormida.

Suzanna adivinó inmediatamente lo que había estado haciendo.

– Has estado tomando unas copas con los chicos, ¿eh? Nash cerró la puerta y dejó las botas en el suelo.

– Me propusieron un brindis, por la novia...

– Me extraña que sólo fuera uno... – sacudió la cabeza.

– ¿Estás enfadada?

Suzanna sonrió.

– No – realmente no lo estaba. Se había sentido algo irritada antes, cuando no apareció a las ocho ni a las nueve. Pero luego se había reprochado esa reacción. Ya no estaban en la posada de Clear Creek. Nash tenía trabajo que hacer. Y también tenía derecho a disfrutar de sus momentos de ocio como gustara.

Además, había razonado en aquellos momentos, con una reprimenda no conseguiría atraerlo: tenía mejores maneras de conseguir ese objetivo. Como ponerse su camisón más corto, el rosa que hacía juego con su ropa interior de encaje. Apartando las sábanas, estiró los brazos hacia él.

– Ven a la cama.

Una extraña expresión apareció en el rostro de Nash.

– Nash... ¿qué pasa?

– Nada – desvió la mirada –. Voy a lavarme los dientes.

– ¿Estás seguro de que...?

No le dejó terminar la frase.

– Te he dicho que no me pasa nada – insistió con tono duro –. Apaga la luz. Ahora vuelvo.

Suzanna obedeció, algo aturdida, preguntándose por lo que habría hecho para ponerlo de aquel humor...

Escuchó sus pasos de camino al cuarto de baño, y el ruido de la puerta al cerrarse, seguido del rumor del agua corriendo.

Finalmente, la puerta se abrió de nuevo. Una cuña de luz se proyectó fugazmente sobre la cama. Nash se acercó a ella a oscuras, se desnudó y se tumbó en la cama. No dijo nada.

«Como dos desconocidos», pensó Suzanna. En aquel instante, su luna de miel le parecía un sueño, una loca fantasía de su romántico corazón. Lo mismo que su primera noche: algo lejano, irreal y mágico, como si le hubiera sucedido a otra persona en vez de a ella.

– Nash – susurró –. Sé que te pasa algo. Dímelo...

– Ya te he dicho que no me pasa nada – alzó la cabeza y la miró.

Olía a whisky y a pasta de dientes, y a aquel excitante aroma tan suyo... La luna asomaba en el ventanal, iluminando sus ojos. Eran los ojos de un extraño. Pero de repente pronunció su nombre:

– Suzanna – y bajó la mirada a sus labios. Un pequeño grito escapó de su garganta. Justo en ese preciso instante Nash se apoderó de su boca y se embebió del sonido como si fuera líquido: de su necesidad, de su confusión, de su deseo de compartir de nuevo lo que tanto habían disfrutado. Juntos.

Su mano encontró su muslo y ascendió bajo el camisón. Con un dedo recorrió el elástico de su braga, y Suzanna se incorporó levemente, sin dejar de besarlo, para que pudiera bajársela. Luego Nash le alzó el camisón, con el encaje acariciando lentamente su piel.

Cerró una mano sobre un seno con un gesto de ardiente, inequívoca posesión. Suzanna se arqueó bajo su contacto, y él dejó de tocarla... pero sólo para explorar más abajo y encontrar su sexo húmedo y dispuesto.

Rápidamente se colocó encima y, con un rápido movimiento de caderas, entró en ella.

Suzanna gritó de nuevo, y una vez más el sonido quedó ahogado por su beso arrebatador. Nash se hundió profundamente en ella, se retiró... y esperó. La oyó gimotear. Pese a ello, permaneció inmóvil.

Suzanna no podía soportar la sensación de sentirlo dentro sin que la llenara del todo. Como si fuera suya, pero no completamente. Y mientras tanto él continuaba besándola, desquiciándola con los labios y la lengua, sin entrar del todo en ella...

Con un ronco gemido de pura necesidad, Suzanna lo agarró de las axilas y arqueó al mismo tiempo las caderas, obligándolo a que la penetrara tan profundamente como antes.

Nash gimió contra sus labios. Y ella se mantuvo así, abrazada con fuerza a él, hasta que al final consiguió que cediera.

Empezó a moverse con ella, siguiendo su ritmo, y poco después rodaba a un lado hasta quedar debajo.

Fue Suzanna quien llevó la iniciativa, disfrutando con cada embate. Una deliciosa sensación comenzó a derramarse en su interior, como una progresiva onda en un charco de luz. Una onda que lo fue anegando todo: la habitación, la noche, la luna y todas las estrellas del cielo de Montana.

Finalmente, Nash se hundió profundamente en ella, más de lo que lo había hecho nunca, mientras pronunciaba su nombre en un ronco e interminable gruñido.

Poco después, Suzanna yacía en la cama, contenta y saciada. Pero sólo físicamente, ya que su corazón se sentía triste, vacío.

— ¿Nash?

Enseguida la acercó hacia sí y la abrazó por detrás, al igual que había hecho en las cuatro maravillosas noches que habían compartido en Wyoming.

— Sshh. Duérmete — apartándole el cabello, le besó la nuca.

— Pero Nash...

— Duérmete, Suzanna.

Estuvo a punto de intentarlo otra vez, de suplicarle que por favor le hablara, le contara... Pero no.

No esa noche. Ya lo había intentado un par de veces, y él la había rechazado. Resultaba dolorosamente claro que no tenía ninguna gana de hablar con ella esa noche.

Ya habría tiempo para ello. «Pronto, muy pronto, conseguiré que me lo diga, que me cuente lo que le pasa», se prometió.

Cerró los ojos. Procuró concentrarse en relajarse, en disfrutar de la sensación de los brazos de su marido en torno a ella. Hasta que, finalmente, se quedó dormida.

## Capítulo 8

Frank se marchó a Gillette el jueves. Después de asistir a la feria de caballos, pensaba hacer una visita a un viejo amigo suyo en Colorado. Durante tres semanas, Suzanna y Nash tendrían la casa entera para ellos solos.

Suzanna esperaba sacar provecho de la situación. Volverían a recuperar la intimidad que habían compartido en la posada de Clear Creek. Estaba segura de ello.

Por las mañanas, antes de que Nash se fuera a trabajar, y por las tardes, cuando se sentaba a cenar, intentó acercarse a él. Al principio, preguntándole directamente por lo que le pasaba.

Cuando vio que con sus preguntas directas solamente conseguía que se cerrara aún más, procuró sacar temas inofensivos. Como sus planes para el programa de crianza o las próximas ferias en las quería inscribir a sus caballos.

Nash respondía a sus preguntas, pero nunca de buena gana. Suzanna tenía cada vez más la sensación de que sus conversaciones eran como tensas entrevistas. Ella preguntaba, él contestaba... y luego se hacía el silencio, a no ser que ella le preguntara algo más.

Durante unos pocos y luminosos días, los que habían pasado en Wyoming, Suzanna había creído llegar a conocerlo. Pero ahora se preguntaba si lo que habían compartido en Buffalo no habría sido una excepción, lo máximo que llegaría a saber de él.

En los primeros días que siguieron a la marcha de su padre, una vez terminado su trabajo de contabilidad y con la casa en orden, se había dedicado a releer las cartas de Isabelle una y otra vez. Se había empeñado en buscar alguna pista sobre su antepasada, algo que pudiera servirle a ella para recuperar la confianza de su marido.

Isabelle hablaba en una de sus cartas de un amuleto que Mae, la tía que Kyle tenía en Cheyenne, le había regalado el día de su boda. Un amuleto que, según la propia Mae, le había asegurado el amor de su marido para siempre.

¿Era eso lo que necesitaba Suzanna? ¿Un amuleto mágico?

Se devanó los sesos en busca de nuevas maneras de llegar hasta Nash. Fue a las cuadras cada día, dispuesta a montar el caballo que él le indicara, mostrándose solícita y dispuesta y esperando que él la acompañara.

Pero Nash siempre encontraba alguna razón para no hacerlo. Simplemente le decía qué potro podía montar y le explicaba lo que podía esperar de cada uno. Y luego se marchaba dejándola sola...

Intentó recabar su ayuda para convertir su antiguo dormitorio en la habitación para el bebé. El último jueves de junio, cuando su padre llevaba fuera exactamente una semana, fue a Billings a buscar muestras de papel de pared y telas para las cortinas. Nash apenas se dignó echarles un vistazo.

—Cualquier cosa que elijas me parecerá bien.

Cada noche se ausentaba de casa después de cenar y no regresaba hasta muy tarde. Ella se quedaba en la cama, esperándolo. Pero nunca tomaba la camioneta: siempre se marchaba al barracón, con los otros hombres. Suzanna sabía en todo momento que se encontraba allí, que no había motivo alguno para preocuparse. Allí jugaban a las cartas, veían la televisión, tomaban unas cuantas cervezas...

No dejaba de decirse que, mientras estuviera en el barracón, aquellas ausencias no significaban nada. Al fin y al cabo, Nash se había pasado media vida en barracones como aquél. Estaba acostumbrado a alternar con sus compañeros. Con ellos se sentía como en casa.

Pero ese pensamiento resultaba ciertamente deprimente. Su marido se sentía más cómodo y contento en aquel barracón que con ella...

No sólo era deprimente, sino inquietante: le hacía temer que sus iniciales dudas sobre Nash estuvieran a punto de confirmarse. Que el verdadero Nash Morgan fuera el vaquero que ella había llamado Slim, un hombre nada acostumbrado a quedarse durante demasiado tiempo en un mismo lugar. Un hombre que, una noche, ya no se marcharía al barracón, sino que subiría a su camioneta para visitar un lugar muy semejante al bar de carretera donde lo había conocido. Allí se pasaría la noche entera y volvería a casa oliendo a whisky y quizá también al perfume de otra mujer.

Quizá lo perdonaría. La primera vez. Pero, con el tiempo, se cansaría de hacerlo. Y él se cansaría a su vez de continuar viviendo siempre en aquella casa.

Acabaría marchándose, dejándole solamente su bebé y su apellido...

Pensamientos como aquél sí que lograban entristecerle. O al menos al principio, porque conforme fueron pasando los días, dejó de sentirse triste... y empezó a sentirse enfadada.

Dejó de intentar comunicarse, de hacerlo hablar, de provocar su interés por la nueva habitación del bebé, de esperar que compartiera con ella sus planes o sus sueños. Le servía las comidas y le hablaba solamente cuando era estrictamente necesario, y por las noches, cuando entraba tarde en el dormitorio, se alejaba todo lo posible y fingía estar dormida.

El primer jueves de julio, cuando Frank llevaba ya dos semanas fuera, Suzanna se despertó decidida a cortar con aquella situación.

Se volvió hacia él. Nash dormía de espaldas a ella. Ambos dormían así ahora, cada uno de espaldas al otro, separados en la inmensa cama, como dos desconocidos flotando en un mar de palabras no pronunciadas.

Sí, como dos desconocidos, cuidadoso cada uno de no inmiscuirse en el espacio y los asuntos del otro.

Aquello tenía que terminar. Tenía que enfrentarse con él, obligarlo a que escuchara lo que tenía que decirle... fuera lo que fuera. Porque no sabía muy bien lo que quería decirle. De algún modo, sin embargo, terminaría encontrando las palabras.

Vio que se movía ligeramente. Sin volverse hacia ella, Nash hizo a un lado las sábanas y se levantó de la cama.

—¿Nash?

Para una mujer decidida y además furiosa, la voz le salió demasiado suave. Apenas un murmullo, en realidad.

O no la había oído o no quería oírlo. Entró en el baño y cerró la puerta.

Volvió a evitarla en el desayuno, escabulléndose cuando ella le estaba dando la espalda. Y no se presentó para comer.

Pero sí que lo hizo a la hora de la cena. Nada más entrar, subió a la habitación a ducharse. Para cuando volvió a salir, se la encontró sentada en la cama, esperándolo. Le lanzó una rápida mirada y luego la ignoró mientras se vestía a toda velocidad.

Acababa de sentarse en una silla para calzarse las botas cuando ella le dijo con tono claro y conciso:

—Nash, no sé qué es lo que he hecho para que tengas esa actitud hacia mí, pero quiero que me des una oportunidad para entenderlo. Quiero que me digas qué es lo que te está reconcomiendo por dentro desde hace dos semanas —interrumpiéndose, tragó saliva y añadió—: Por favor.

Nash se calzó la bota derecha y luego la izquierda. Finalmente, se levantó y se plantó ante ella. Se la quedó mirando durante un buen rato, recorriendo su rostro con la mirada.

Suzanna no tenía la menor idea de lo que podía estar pensando. ¿Estaría memorizando sus rasgos? Tenía la sensación de que era eso, como si estuviera atesorando sus rasgos en su recuerdo. ¿Pero por qué habría de hacer algo así? A no ser que...

No, no quería pensar en ello. No lo haría. Nash no podía estar planeando dejarla.

—Suzanna... —empezó con tono suave— tú no has hecho nada. No ha pasado nada malo.

Lo miró ceñuda. Y no pudo evitarlo:

—Eres un mentiroso, Nash Morgan —gruñó—. Un maldito mentiroso, y lo sabes.

Nash suspiró. Todavía tenía el descaro de permanecer delante de ella y suspirar.

—Suzanna...

Cerró los puños, aunque lo que tenía ganas de hacer era agarrar algo y lanzárselo a la cabeza.

—Has estado distante conmigo desde la última noche que pasamos en Buffalo. No me gusta. Quiero que cambies de actitud. Quiero que me digas...

De repente Nash alzó una mano.

—Voy a salir.

—No —se levantó—. No, no vas a salir. Vas a quedarte aquí y...

Pero ya estaba casi en el pasillo.

– No me esperes.

– ¡Nash!

No se detuvo. Siguió andando y bajó las escaleras. Suzanna oyó el ruido de la puerta al cerrarse.

Corrió a la ventana y lo vio mientras se dirigía a la puerta de la valla blanca que rodeaba el patio. Lo perdió de vista cuando giró hacia donde tenía aparcado su remolque. Adivinó lo que iba a suceder a continuación.

Instantes después, lo que escuchó fue el ruido de un motor.

Su camioneta entró en el camino... y se marchó a toda velocidad, levantando una nube de polvo a su paso.

## Capítulo 9

La justificada ira de Suzanna fue desapareciendo conforme veía alejarse a Nash. Se quedó un buen rato junto a la ventana, hasta que las sombras empezaron a alargarse y aparecieron los murciélagos.

Finalmente, bajó las escaleras, recogió los platos limpios de la mesa y guardó la cena en la nevera. Cuando terminó, subió las escaleras, se desnudó y tomó un largo baño.

Ya más relajada, se puso otro corto camisón, azul esa vez, y se metió en la cama. Las horas parecían arrastrarse. Intentó dormir, pero el sueño no acudió en su ayuda para aliviar su sufrimiento.

Así que permaneció despierta, mirando al techo, dando vueltas en la cama. Eran más de las dos cuando volvió a oír su camioneta. Hizo a un lado las sábanas y corrió a la ventana.

Nash se detuvo ante la verja, bajó de la camioneta y se dirigió hacia la puerta. Penetró en el sendero de entrada y desapareció bajo el alero del porche.

Suzanna estaba al pie de la ventana, a oscuras, cuando él entró en la habitación. Se detuvo en el umbral.

— ¿Te importa si enciendo la luz?

— Adelante.

Cerró los ojos, cegada por el resplandor. Cuando volvió a abrirlos, vio que estaba sacando algo del armario: su vieja bolsa de viaje. La dejó sobre una silla, al lado de su cómoda, y empezó a sacar la ropa de los cajones.

Aparentemente, se marchaba. Sus peores temores se estaban haciendo realidad.

— ¿Has estado con alguna otra mujer esta noche?

Deteniéndose, se volvió para mirarla. Sus ojos no traslucían ninguna emoción.

— No.

Lo creía. Pero no por ello se sentía mejor.

— ¿Adónde vas?

— Al pueblo. Esta noche la pasaré allí.

— ¿Y luego?

Se detuvo cuando se disponía a abrir un cajón.

— Suzanna, enfréntalo. Es hora de que siga mi camino.

— ¿De que sigas tu camino? — repitió la frase, como si no entendiera las palabras. Acto seguido, le fue desgranando todas las razones por las que no podía marcharse —: Pero... ¿pero qué pasa con el Big Sky? ¿Qué pasa con tus planes? ¿Y mi padre? Mi padre depende de ti.

Nash continuó guardando sus calcetines y su ropa interior en la bolsa de viaje.

– Al Big Sky y a tu padre les iba muy bien antes de que yo apareciera.

– Pero él... nosotros... nosotros te necesitamos.

– No, tú no. Tú necesitabas mi apellido. Para nuestro bebé. Y ya lo tienes.

– No, yo no me casé contigo por eso... Yo te necesito a ti, Nash. Te necesito como marido. Y nuestro bebé también te necesita.

Sacudió la cabeza. Ni siquiera la miró. Simplemente continuó llenando la bolsa de viaje.

Suzanna tuvo que sentarse en la cama, ya que las piernas no la sostenían. Vio que se metía en el cuarto de baño y se quedó mirando la puerta cerrada, deseando, anhelando encontrar las palabras necesarias que le hicieran cambiar de idea y quedarse con ella.

Minutos después, volvió con sus artículos de afeitado y los guardó con todo lo demás. Suzanna suspiró profundamente.

– ¿Te importaría, ya que te vas, explicarme por qué? Deteniéndose, Nash se volvió para mirarla.

– ¿Por qué?

No estaba muy segura de lo que había querido decir. Tal vez le había preguntado a su vez por qué quería saberlo. Humedeciéndose los labios resecos, se alisó la tela del camisón sobre los muslos. Tenía la garganta cerrada, como si la estuvieran estrangulando. Intentó explicarse.

– Me pareció, al principio, que nos estaba yendo muy bien. Es que no lo entiendo, eso es todo. ¿En qué nos equivocamos?

– No importa – su tono no contenía ninguna inflexión. Pero había algo en sus ojos... algo que le decía que aquello le importaba mucho. Demasiado.

– Yo creo que sí importa – susurró ella –. Y, por alguna razón, te... resulta terriblemente difícil explicarme el motivo. Más incluso que hacer la maleta y marcharte de aquí.

Pareció haberse olvidado de la bolsa de viaje y de la ropa que había guardado dentro. Se había quedado de pie, mirándola.

Suzanna volvió a tomar aire y le sugirió con tono razonable:

– Al fin y al cabo, tienes mucha práctica en marcharte, ¿no? Pero decirle a tu esposa qué es lo que ha podido hacer ella para ahuyentarte... estoy segura de que eso es algo que nunca has hecho antes.

– No es culpa tuya – replicó con tono áspero... y tierno al mismo tiempo.

– ¿Pero... hay algo?

– Nada que tú puedas remediar – tensó la mandíbula.

– Bueno. Tal vez. Pero si me lo dices... me sería de gran ayuda – y añadió, sonriendo triste –: Los hombres siempre terminan abandonándome, ¿te has dado cuenta? Me gustaría que alguien me explicara por qué.

—Suzanna... —dio un paso hacia ella, pero enseguida pareció darse cuenta de lo que estaba haciendo y se detuvo—. No tengo la menor idea de por qué ese estúpido con quien ibas a casarte terminó ingresando en el Peace Corps.

—Ya, pero tú... ¿por qué te marchas tú?

Por un instante, estuvo segura de que se lo iba a decir. Pero al final soltó un fuerte juramento y masculló:

—Yo... déjame que conserve al menos un poco de orgullo, ¿no?

—¿Qué? Yo no...

—¡Déjalo estar! —gritó.

Suzanna hizo un esfuerzo y se levantó de la cama.

—No, Nash. No puedo. De verdad que no puedo. Quiero que me lo digas. Lo necesito. ¿Por qué me dejas? ¿Qué es lo que he hecho?

Nash maldijo de nuevo, y su expresión se volvió sombría, atormentada.

—De acuerdo, de acuerdo... ya que quieres saberlo...

Suzanna esperó, sin darse cuenta de que estaba conteniendo el aliento, hasta que él le confesó:

—Te amo, ¿vale? Te amo, maldita sea.

## Capítulo 10

Suzanna soltó el aliento que había estado conteniendo y se levantó de un salto.

—Que tú... ¿qué?

—Que te amo. Te amo y, maldita sea... odio quererte. Es un dolor terrible.

—P... pero si me amas — balbuceó —, ¿entonces por qué...?

—¿Quieres oírlo? ¿Quieres oírlo todo? ¿Es eso lo que quieres?

—Sí...

—¿Quieres oír cómo, después de aquella primera noche, ya no pude olvidarme de ti? ¿Que lo único que hice fue pensar en ti?

—¿Cómo? ¿Qué desde esa primera noche, tú...?

—Ya no pude olvidarme de ti. Eso es. Como si fuera un chiquillo locamente enamorado... Durante semanas me estuve diciendo a mí mismo que sólo era porque, para ti, había sido la primera noche. Que sencillamente me estaba haciendo mayor, lo suficiente para necesitar a alguien como tú, la mujer con la que siempre había soñado mientras vivía en los barracones de otra gente, preguntándome si algún día llegaría a tener mi propio rancho, mi propia casa...

—¿Tú... pensabas en mí? ¿Todo el tiempo?

—Sí —gruñó—. Pensaba en ti. No pensaba en otra cosa —hizo un gesto con los brazos, como abarcando la habitación y toda aquella casa, la propiedad entera del Big Sky—. Y este trabajo que tenía en este rancho... ¿quieres saber por qué lo acepté?

—Sí. Yo...

—Pues lo acepté porque el bueno de Frank se sacó una foto de su cartera, un retrato de su hija pequeña montando a Chocolate Jessie, tu yegua —soltó una carcajada sin humor—. Pobre Frank. Pensaba que lo que me había impresionado era la estampa del caballo. No fue la maldita yegua lo que me hizo levantarme del asiento, de la sorpresa. Me vine al Big Sky con el corazón en la garganta, sólo para volver a ver a ojo de águila otra vez.

Sacudió la cabeza como si no pudiera dar crédito a su propia locura. Luego se acercó al armario, rezongando.

—Y tú... tú me negaste desde el principio. Fingiste no reconocerme aquel primer día.

—Pero, Nash, tú hiciste lo mismo.

Se volvió para mirarla.

—¿Qué se suponía que iba a hacer? Te entraron náuseas sólo de verme.

—Nash, estoy embarazada. Y en aquel tiempo tenía náuseas.

—¡Vamos! —maldijo de nuevo—. Tú no querías que yo llegara a conocerte. Ni siquiera le dijiste a tu padre que el bebé era mío.

–Yo misma estaba intentando admitirlo. Estaba decidida a contárselo, pero...

–Habrías postergado el momento y dado rodeos hasta que el infierno se hubiera congelado. Fui yo quien tuvo que decírselo a Frank. Y luego tú insististe hasta la saciedad en que no querías casarte conmigo, que no querías atarte a un desconocido, a un hombre al que no amabas... Y cuando finalmente consentiste en convertirte en mi esposa, te negaste a que celebráramos una boda normal, verdadera... Por mí no quisiste ponerte el vestido de novia de tu tatarabuela, ni llamaste a tu hermana mayor para que viniera. Con ese chico universitario sí que estuviste dispuesta a celebrar la gran boda. ¿Pero conmigo? Diablos, no.

–Creía que antes habías dicho que no me culpabas de nada...

–Y no te culpo. Sólo te estoy contando cómo fueron las cosas.

–Pero es que esta vez yo lo que quería precisamente era ser más madura, yo quería...

–Lo que sea –se encogió de hombros, ignorando sus argumentos–. Tomé conciencia de ello la última noche en Buffalo. De repente vi tan claro como el agua que cada día que estuvimos juntos sólo había servido para que yo te amara más. Y que tú... que tú no me amas. Te gusta lo que te hago en la cama, eso sí. Y quieres hacer lo que se espera de ti, por el bebé, y ser una buena esposa...

–¿Tan malo es eso?

–Diablos, no. No es malo. Es sólo que... no es suficiente. No es amor. Tú no sientes por mí lo mismo que yo siento por ti. Nunca te habrías casado conmigo si no hubiera sido por el bebé. En cambio, yo salté de alegría ante la oportunidad de que te convirtieras en mi mujer.

Suzanna intentó hablar, pero él se le adelantó:

–Y me apresuré demasiado, ahora me doy cuenta de ello. Durante toda mi vida adulta, he tenido suficiente sentido común para proteger mi corazón, mis sentimientos. Y ahora sé por qué: porque duele. Amar a alguien que no me ama... eso no es para mí. Me roba la tranquilidad de espíritu. Me deja pensando durante todo el tiempo que me sacas cinco años de educación superior, que vivimos en la casa de tu padre y que yo trabajo con sus caballos, y que hasta el momento no te he dado más que una sencilla alianza de matrimonio y un bebé... que es lo que a fin de cuentas te ata a mí... Aquello sí que irritó a Suzanna.

–¿De qué estás hablando? –alzó la mano izquierda–. Yo estoy orgullosa de llevar este anillo. Pero Nash no la creía.

–Todo esto no ha sido más que un gigantesco error, lo de intentar que nuestro matrimonio funcionara. Tú te mereces un hombre mejor que yo, los dos lo sabemos. Y lo mejor que puedo hacer por ambos es marcharme –se volvió de nuevo hacia el armario.

Suzanna se lo quedó mirando entristecida, desesperada, queriendo gritarle a su vez que ella también lo amaba... pero convencida de que él jamás la creería.

Debería habérselo dicho aquella noche en Buffalo, la noche en que él intentó confesárselo todo, la noche en la que ella se mostró tan razonable, tan madura...

Nash sacó del armario sus botas, su chaquetón de invierno y sus camisas vaqueras. Luego cerró la puerta y cruzó de nuevo la habitación.

—Nash —empezó, y luego ya no dijo más.

No la estaba escuchando. Después de guardar las botas en la bolsa de viaje, se colgó las camisas y el chaquetón al hombro.

—Me pasaré mañana para recoger el remolque y las sillas. Después de eso, te mantendré informada de mi paradero. Recibirás regularmente cheques míos. Ingréalos en una cuenta para el chico, un fondo de financiamiento de sus estudios, por ejemplo. Una vez que haya nacido el bebé, podrás enviarme los papeles del divorcio. Te los devolveré firmados.

«Oh, Dios mío... », gimió Suzanna para sus adentros. Se marchaba. Se marchaba de verdad.

—Nash, por favor...

Pero le dio la espalda y abandonó la habitación. Suzanna se quedó sentada en la cama, escuchando sus pasos en el corredor.

Estaba destrozada, noqueada. Como si le hubiesen asestado un fuerte golpe entre los ojos con una maza...

¿Nash la amaba? ¿La amaba y era precisamente por eso por lo que había mantenido aquella distancia?

Cuanto más pensaba en ello, más aturdida se sentía. Así que continuó sentada allí, en el borde de la cama, girándose nerviosamente la alianza en el dedo, desconcertada por los sentimientos que se agitaban en su interior.

Estaba sorprendida, preocupada, furiosa. ¿Por qué no le había contado todo aquello antes?

Y, sí, también se sentía alegre. Gozosa.

Lo oyó arrancar la camioneta. El muy estúpido... ¿Qué pensaba demostrar marchándose? Nada. Absolutamente nada. ¡Estaba muy equivocado si pensaba abandonarla así como así!

Sin molestarse en vestirse, se levantó como un resorte, corrió por el pasillo y bajó las escaleras de dos en dos. Apareció en el porche cuando Nash ya se disponía a abandonar el sendero de entrada.

—¡Nash! ¡Nash, vuelve aquí!

No se detuvo. Suzanna bajó los escalones del porche, descalza y en camisón, y echó a correr, con la melena al viento.

—¡Nash! ¡Te he dicho que vuelvas! —no le quedaba aire para gritar. Corría como una loca. Su corazón parecía bombear su sangre en las venas: Nash, Nash, Nash, Nash...

Finalmente, debió de verla por el espejo retrovisor, porque redujo la velocidad hasta detenerse. Suzanna corrió más rápido y se asomó por la ventanilla.

– ¿Qué diablos te pasa, mujer? – gruñó.

– Tú eres lo que me pasa, Nash Morgan. Te amo, y si te marchas ahora, te advierto de que te perseguiré por cada bar de carretera que haya desde aquí a Nueva York.

– Estás loca – parpadeó, asombrado.

Asintió con la cabeza, jadeando, aferrada a la puerta.

– Lo estoy. Loca de amor por ti. No tengo esperanza. Pienso llamar a mi padre, Nash. A Colorado. Pienso hacerlo ahora mismo, a las dos y media de la madrugada, tan pronto como entres en casa conmigo. Pienso decirle que estaba en lo cierto, que tú eras el hombre que yo necesitaba. Que te amo – interrumpiéndose para tomar aire, se llevó una mano al corazón—. Y también pienso decirle que quiero esa gran boda por todo lo alto. Llevaré el ramo nupcial de los Derringer... – volvió a interrumpirse y lo miró ceñuda—. ¿Sabes lo de las rosas Derringer? ¿Las rosas blancas del jardín del rancho de los Derringer?

– Maldita sea, Suzanna, estás aquí fuera, medio desnuda...

– Esto es importante – se encogió de hombros—. Esas rosas... traen buena suerte.

– Suzanna...

– Y llevaré el vestido de novia de mi tatarabuela. Es decir, si es que me cabe, y... – de repente se le llenaron los ojos de lágrimas—. Por favor. Oh, por favor, Nash... Créeme. Tú eres lo mejor que me ha sucedido en la vida, y no quiero perderte. Y el Big Sky también te necesita.

– Muévete, Suzanna.

– ¿Por qué? – el corazón le dio un vuelco—. No, no lo haré. ¡No pienso dejarte marchar!

Nash sonrió, con aquella tierna sonrisa suya, tan característica. Sólo en aquel momento comprendió Suzanna que era una sonrisa de puro amor.

– Suzanna, sólo quiero bajarme de la camioneta.

– Yo... oh. Oh, de acuerdo – se apartó de la puerta.

Nash bajó. Y acto seguido la estrechó entre sus brazos y la besó.

A lo lejos, aulló un coyote.

– Cásate conmigo, Nash – susurró ella.

– Desde luego.

\* \* \*

Un mes después, Suzanna y Nash tuvieron su gran boda. Allí mismo, en la casa que había pertenecido a su familia durante tantos años.

Suzanna lució el vestido de Isabelle... convenientemente arreglado dado su estado. Y llevó también un ramillete muy especial de rosas blancas. Con una sonrisa satisfecha y un brillo de lágrimas en los ojos, su padre la entregó al novio. Diana también estaba presente. Había vuelto a casa para hacer de dama de honor por segunda vez.

Más tarde, una vez servida la tarta, después de una interminable serie de brindis, Suzanna y Nash subieron la escalera de la mano. Desde el rellano, contemplaron a los invitados. Diana se había encargado de reunir a todos los jóvenes solteros de uno y otro sexo.

Nash se inclinó hacia ella para susurrarle al oído: —La liga primero, ¿de acuerdo? —De acuerdo —le dio un beso en los labios. Todo el mundo aplaudió mientras Nash se arrodillaba frente a ella. Tomándose su tiempo, sin dejar de mirarlo a los ojos, Suzanna se alzó la delicada falda de encaje.

La juguetona mano de Nash ascendió por un muslo. Suzanna reprimió un suspiro de placer mientras él le desabrochaba la liga y se la bajaba por la pierna.

Nash se incorporó. En el vestíbulo, un mar de rostros familiares los contemplaba expectantes. Fue él quien lanzó la liga al aire.

La prenda de seda azul y encaje blanco voló... hasta caer en la pequeña y gordezuela mano de una niña morena, de ojos azules.

—¡Molly! —gritó alguien—. ¡La ha atrapado Molly Derringer!

Nash se echó a reír.

—Una oportunidad desaprovechada... Pero la niña se volvió entonces hacia el hombre alto que se hallaba a su lado.

—Toma, papi. Para ti.

Trey Derringer, un viudo muy atractivo, la aceptó con una sonrisa. Se sucedieron las risas y los aplausos.

—¡El ramo ahora, Suzanna!

—¡Lánzalo!

—¡Lánzalo ya!

Suzanna, desconcertada, miró a su hermana... que casualmente estaba mirando en ese momento al padre de Molly Derringer.

—¡Diana! —gritó.

Su hermana alzó la vista... justo a tiempo de ver el ramo cayendo sobre ella. Lo atrapó, pero sólo para que no le diera de lleno en la cara...

—¡Tramposa! —protestó alguien, de buen humor.

Hubo más risas y felicitaciones, Nash se inclinó de nuevo para murmurarle al oído:

- Has hecho trampa. Las otras chicas no han tenido la menor oportunidad.
- No – repuso orgullosa –. Desde luego que no.
- Ha sido un buen lanzamiento, por cierto.
- Por algo me llaman ojo de águila... – y alzó la cara para recibir su beso.

*Fin*